

La Asamblea que celebra: Mesa de la Palabra y Mesa de la Eucaristía (1)



*Toda la liturgia no es otra cosa que
un despliegue y un efecto de la
anámnesis de la Misa.
(Odo Casel [+1948]).*

- Contenido -

	Pág.
Presentación	<u>3</u>
<hr/>	
<i>Ars Celebrandi</i> , presupuestos para su praxis en Colombia	<u>4</u>
<hr/>	
Historia de salvación y liturgia	<u>18</u>
<hr/>	
La Celebración de la Palabra de Dios: una Historia hecha Liturgia	<u>23</u>
<hr/>	
Conclusiones del taller sobre el análisis de la celebración litúrgica en las iglesias locales de Colombia (<i>Status quaestionis</i>)	<u>35</u>
<hr/>	
Entérese	<u>37</u>

Presentación

Del 28 al 30 de mayo del 2019 en la casa de encuentros de la Conferencia Episcopal de Colombia se realizó el último Encuentro Nacional de Liturgia. Hubo 82 participantes, entre obispos, presbíteros, religiosos, religiosas y laicos. Se abordó el tema: “*Piedad popular y compromiso cristiano*”, cuyas conclusiones fueron publicadas en los números 73 y 74 del *Boletín NOTAS DE ACTUALIDAD LITÚRGICA*, en julio y noviembre del año 2019.

Tres años después, superada la pandemia del Covid-19, nos volvemos a encontrar. Esta vez, con grandes ausencias, pero también, con rostros nuevos que nos llenaron de esperanza. Por un lado, sentimos la muerte de Monseñor Fabio Duque Jaramillo, Obispo de Garzón y Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia, desde julio del 2008, ocurrida el 9 de febrero del año 2022; también, la del padre Carlos Mauricio Gordillo, delegado episcopal de Liturgia de la Arquidiócesis de Villavicencio, a causa del Covid-19, en marzo del 2021; y de tantos otros, presbíteros, religiosos, religiosas y laicos que nos acompañaron en otros encuentros y que ya no están. Dimos gracias a Dios por la vida de estos hermanos nuestros y elevamos nuestra súplica confiada para que el Señor de la Vida los tenga disfrutando de la eterna bienaventuranza, premio que Él da a los servidores buenos y fieles.

Pero, mientras elevamos súplicas, por los que fallecieron durante la pandemia, acogimos con regocijo los nuevos rostros que nos acompañaron. Entre ellos, el Excelentísimo Monseñor Jaime Cristóbal Abril González, Obispo de Arauca, elegido Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia por la *CXII (centésima décima segunda) Asamblea Plenaria del Episcopado Colombiano*, el 17 de febrero del 2022; y a los nuevos delegados diocesanos de liturgia, recién nombrados para este oficio en sus Iglesias particulares.

En este encuentro, que trató el tema sobre “la Asamblea litúrgica: la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía”, se evaluó el estado actual de la celebración litúrgica en las iglesias locales de Colombia (*Status quaestionis*). Entre las grandes conclusiones que llenaron de esperanza a los líderes de la litur-

gia del país, aparecen como protagonistas **los laicos, sedientos de conocer y de vivir el misterio celebrado en la liturgia y dispuestos para la participación**. Por otra parte, en cuanto tiene que ver con las debilidades, sabiendo que muchas proceden de los laicos no suficientemente formados, aparecen como protagonistas los pastores que, muchas veces por desconocimiento del espíritu de la Liturgia y otras, tristemente por desprecio de las normas litúrgicas, deforman tanto la celebración cuanto la conciencia y la espiritualidad de los fieles.

En esta nueva edición del *Boletín*, entregamos las tres primeras ponencias que fueron ofrecidas en el encuentro y las conclusiones del taller en el que se analizó el *Status quaestionis* de la celebración litúrgica en las iglesias locales de Colombia después de la pandemia. Las otras ponencias las entregaremos en la siguiente edición del *Boletín*, el mes de noviembre. Se trata de unas lecciones preparadas por peritos en teología litúrgica que nos llevan al Corazón de la liturgia: “*Ars Celebrandi*, presupuestos para su praxis en Colombia, por el Dr. P. Ferney Alonso Castañeda; la segunda, “Historia de Salvación y Liturgia, por el Dr. P. Gabriel Jaime Molina; la tercera, “La celebración de la Palabra de Dios: Una historia hecha liturgia”, por el Mag. P. Gabriel Jaime Gómez; y la cuarta, recoge las conclusiones del taller, preparado por el P. Camilo Andrés Castellanos, delegado de liturgia de la Arquidiócesis de Manizales.

Concluyo con la anámnesis de la Plegaria Eucarística de Reconciliación II: “Señor, Dios nuestro, tu Hijo nos dejó esta prenda de su amor. Al celebrar, pues, el memorial de su muerte y resurrección, te ofrecemos lo mismo que tú nos entregaste: el sacrificio de la reconciliación perfecta”, que explica, en pocas palabras, la frase que elegimos como lema para el encuentro: “toda la liturgia no es otra cosa que un despliegue y un efecto de la anámnesis de la Misa” (Odo Casel [+1948]). ★

Pbro. Jairo de Jesús Ramírez Ramírez
Director del Departamento de Liturgia del SPEC



Ars Celebrandi, Presupuestos para su praxis en Colombia



III Domenica di Pasqua. (2020). [Ilustración]. smgraziecassano. <https://www.smgraziecassano.it/26-aprile-2020/>

1. Presupuestos

El teólogo Juan Javier Flores cuenta en su artículo sobre la «Creatividad en la fidelidad» la leyenda sobre el origen del cristianismo en Rusia, en la que el príncipe Vladimiro de Kiev, en su afán por buscar la verdadera religión para su pueblo, y tras escuchar a representantes de varias religiones, decide enviar representantes suyos a una liturgia solemne en Santa Sofía (Constantinopla). Estos, al informar al príncipe, dijeron entusiasmados: «Y llegamos donde los griegos y fuimos conducidos al lugar donde celebran la liturgia para su Dios... No sabíamos si estábamos en la tierra o en el cielo... pero experimentamos que allí estaba Dios entre los hombres»[1]. Como afirma Flores, «Lo que convenció a los enviados del príncipe ruso de la verdad de la fe celebrada en la liturgia ortodoxa no fueron los argumentos, sino el Misterio allí celebrado que, yendo más allá de las discusiones, hizo que brillara el poder de la verdad y la autenticidad»[2].

Es imposible no citar en este momento una nota que trae el texto mencionado, cuyo autor es el —

entonces— Cardenal Ratzinger cuyo contenido me atrevo a traducir: «La liturgia bizantina no era y no es pensada para adoctrinar a los otros o para mostrarse ante ellos aceptable y capaz de entretenerlos. Aquello que podía impresionar en ella era precisamente la absoluta falta de un cometido, el hecho de ser celebrada para Dios y no para algunos espectadores: que su único intento era estar ante Dios y para Dios»[3].

Es necesario que, antes de continuar, cada uno se pregunte qué entiende por *ars celebrandi*, pues podríamos tener dos visiones algo distintas dependiendo del alcance de su pretensión; es decir, por una parte, podría estar quien considera que celebrar con arte implica conocer y observar las rúbricas para mostrar la belleza del Misterio; y por otra, quien desea ir más allá de esta revelación para conducir a sus fieles a una experiencia mística que transforme realmente el corazón. De esta respuesta depende, en cierta medida, las expectativas de este encuentro.

En la actualidad es abundante la literatura a cargo de teólogos de renombre sobre el tema que nos ocupa, por lo que no considero necesario hacer una

[1] FLORES, J.J. “Ars celebrandi. Creatividad en la fidelidad”. En: ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE LITURGIA, *Ars celebrandi. El arte de celebrar el Misterio de Cristo* (Madrid 2008) pág. 90. Citando a: BILANUIK, P. B. T., *The apostolic Origins of the Ukrainian Church*, (Toronto 1988); J. RATZINGER, “Eucaristía como genesi della missione”, *Ecclesia orans* 15 (1998) págs. 137-161.

[2] FLORES, J. “Ars celebrandi...”, pág. 90-91.

[3] *Ibid.*, pág. 91, nota 41.

exposición monográfica sobre el tema; por el contrario, mi intención es solo ofrecer algunos elementos de meditación y análisis a la luz de sus presupuestos teológicos sobre el *ars celebrandi*, aterrizados a nuestro contexto colombiano, que prepare la reflexión de mis hermanos presbíteros al abordar desde la teología y la disciplina litúrgica la presencia de las mesas de la Palabra y de la Eucaristía.

Aunque podemos hablar de *ars celebrandi* en todas y cada de las celebraciones litúrgicas de la Iglesia, en atención al tema de este encuentro me centraré, sobre todo, en el sacramento de la Eucaristía.

2. LAS FUENTES DEL ARS CELEBRANDI

2.1. Ars celebrandi en el Magisterio pontificio reciente

Conviene que tengamos una visión muy panorámica de lo que significa el *ars celebrandi* en el Magisterio pontificio reciente.

Lo primero que debemos indagar es el objetivo del *ars celebrandi*. A propósito, dice el Papa emérito Benedicto XVI: «la mirada del corazón se debe dirigir hacia el Señor, que está en medio de nosotros: eso es lo que significa ‘ars celebrandi’, el modo correcto de celebrar. Si estoy con el Señor, entonces al escuchar, hablar y actuar, atraigo también a la gente hacia la comunión con él». La expresión «atraer hacia la comunión con él» me resulta del todo indispensable en el objetivo de esta ponencia: no celebramos correctamente para exaltar la belleza, sino para «atraer» a todos a esta comunión. Yo diría que ese mirar continuamente al Maestro es lo que hace fecundo nuestro ministerio, es la raíz del arte que nos ocupa.

Por eso, lo primero que destaca *Sacramentum caritatis* [=SCa] es el nexo que existe entre el arte de celebrar y la participación plena de los fieles, advirtiendo que el primer modo como se favorece esa participación es a través de una celebración realizada adecuadamente[4].

Para ello, SCa pone como condición de este arte la «obediencia fiel a las normas en su plenitud»[5].

Lo segundo es que el *ars celebrandi* favorece el sentido de lo sagrado: se vale de mecanismos que van desde el uso de textos que expresan nuestra fe, hasta formas comunicativas que abarcan a todo el ser humano a través de los cuales los fieles son educados en ese sentido[6].

Por eso, en estos *ítems* que siguen quisiera presentar los que considero son los elementos que constituyen la fuente de inspiración de este arte:

2.2. La fuerza del testimonio

Por estos días de pascua hemos venido meditando atentamente la experiencia de la primera comunidad cristiana: una comunidad sostenida y animada por el gozo de la resurrección. Esos primeros cristianos sintieron que en sus corazones ya no había miedo y se sintieron arrojados al testimonio de la única persona capaz de transformar el corazón del hombre: querían que todos supiesen que Cristo estaba vivo, que encendía fuego en sus corazones, que les explicaba las Escrituras y partía para ellos el pan [7].

Cuando me acerco a cada uno de estos textos pascales contenidos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, me he preguntado cuántas verdades dogmáticas, cuántas normas litúrgicas habrían aprendido para hacer que miles de personas, tras oír su testimonio, pudieran tener un encuentro con Cristo resucitado como sucedió aquel día cuando se adhirieron cerca de cinco mil hermanos tras la predicación de Pedro y Juan[8].

Y la respuesta es sencilla: ¡ninguna!

Cuando la liturgia era incipiente, el testimonio y la palabra de los primeros cristianos lograban mover el corazón de quienes los escuchaban facilitando con ello el encuentro con Cristo vivo y causando en sus vidas un cambio radical que permanecía en el tiempo; presencia que prolongaban y actualizaban especialmente en la fracción del pan, a la cual acudían asiduamente y llenos de gozo[9].

[4] Cf. SCa 38.

[5] SCa 38.

[6] Cf. SCa 40.

[7] Cf. Lc 24,32.

[8] Cf. Hch 4,4.

[9] Cf. Hch 2,42.



El mismo Apóstol escribe:

«Fíjense, hermanos, en su asamblea; no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios; lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar al fuerte. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta»[10].

Era la fuerza del Espíritu obrando a través de ese «nosotros somos testigos»[11]. Claramente no se referían tanto al testimonio de haberlo visto, sino al de sentir dentro de ellos el cambio profundo que el Resucitado había llevado a cabo: transformación que los hacía capaces de enfrentarse a los castigos físicos de los que habla frecuentemente este libro.

Es decir, su testimonio tenía fuerza, era creíble —no tanto por haber visto con sus ojos al Resucitado— sino porque los demás veían que algo había transformado el corazón de esos discípulos miedosos hasta el punto de ser capaces de dar su propia vida. Esto hizo que sus contemporáneos se convencieran de que Cristo realmente estaba vivo y los acompañaba y los transformaba, que ellos obraban con su poder como cuando Pedro cura a aquel cojo de nacimiento, y le dice: «No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazareth, levántate y anda»[12].

No podemos olvidar que la primera comunidad cristiana estuvo integrada, sobre todo, por fieles venidos del judaísmo, para los que las celebraciones memoriales constituían realmente una actualización de las obras salvíficas. Por lo tanto, tenían la certeza de que en la fracción del pan Cristo se hacía presente en medio de la comunidad congregada para actualizar su sacrificio, tanto así que apenas unos años después de la resurrección, san Pablo no dudaría de su presencia real en el pan eucaristizado, invitando a no acercarse a él sin discernir su presencia ni manchados por el pecado[13]. De esta manera se fue dando paso del encuentro a través del testimonio en la predicación, a la certeza de la presencia y acción de Cristo en la liturgia.

Podríamos preguntarnos, entonces, si la liturgia conducía al encuentro con Cristo o si el encuentro con Cristo conducía a la liturgia. Lo que sí sabemos es que en un momento en que la reflexión teológica o la disciplina litúrgica eran semillas a punto de germinar, ese encuentro se llevaba a cabo, produciendo abundantes frutos de santidad.

Podemos, en cambio, adelantarnos en el tiempo hasta hoy y preguntarnos si nuestras celebraciones, enriquecidas bellamente con signos y símbolos heredados de la tradición, reflejo de una reflexión teológica sólida y guiada por el derecho litúrgico, logran tocar el corazón de los fieles hasta el punto de motivar en ellos una conversión permanente. Si bien es cierto que no buscamos mover sentimentalismos, a veces tampoco logramos mover el espíritu, al menos del modo como nos lo narra el libro de los Hechos. Y aquí la pregunta es ¿por qué?

Esto quiere decir que falta algo tal vez en los fieles, tal vez en los presidentes. Pero les aseguro, que la mentalidad actual es mucho más receptiva que la de aquellos judíos convencidos de ser el pueblo elegido, que escuchaban a los primeros Apóstoles con resistencia inicial. Solo nos queda, como conclusión, que tal vez haya una tarea que nosotros, como presidentes de la asamblea, no hemos hecho del todo; tal vez no somos testigos: ni hablamos, ni actuamos, ni celebramos como aquellos que han experimentado en su vida la transformación que produce el encuentro real con el Resucitado, tal vez no somos capaces de ser transparencia suya.

Nuestros fieles también hoy desean un encuentro con Cristo vivo; ellos también hoy experimentan miedos, incertidumbres, tienen sed de eternidad; también necesitan testigos creíbles que pregonen con sus vidas la presencia resucitada de su Señor «hoy»; ellos también desean encontrarlo en la liturgia. En las hemorragias se le escapaba a aquella mujer del evangelio[14] su sangre, la vida misma; a nosotros se nos escapa la esperanza. Ellos, seguramente, jamás conocerán o entenderán nuestras rúbricas, solo desean ardientemente que el

[10] 1Cor 1,26-31.

[11] Hch 2,32.

[12] Hch 3,6-8.

[13] Cf. 1Cor 11, 28-31.

[14] Cf. Mc 5,21-43.



borde del manto del Señor resucitado roce sus vidas para transformarlas, para secar la hemorragia por donde se escapa lo más valioso de sus vidas: la esperanza y el sentido mismo de la vida.

2.3. La contemplación y el encuentro personal

Seguramente conviene ahora recordar lo que dice san Juan en su primera carta:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida [...]. Eso que hemos visto y oído se lo anunciamos»[15].

El Apóstol no habla de una experiencia intelectual, ni de un testimonio recibido de terceros, sino de una experiencia personal previa: «lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida». Esto nos lleva a pensar que la acción ministerial de los apóstoles estaba llena de una presencia que la sostenía y la hacía fructífera y fecunda.

¡Contemplar y palpar! Es decir, abrir nuestro corazón y disponerlo para el encuentro con el Señor, disfrutar de su presencia, llenarnos de Él, deleitarnos en su contemplación. Esta tendría que ser nuestra primera preocupación como presidentes de nuestras asambleas. Nuestros fieles no desean encontrarse con funcionarios sino con testigos; añoran con todas las fuerzas de su corazón que quienes los pastoreamos les demos pruebas de que también ellos pueden contemplar y gozar aquello que contemplamos y palpamos nosotros. En la contemplación se prolonga la presencia, el encuentro; por tanto, en ella recibimos la fuerza que necesita nuestro ministerio.

Dios ha querido salir a nuestro encuentro: en él se nos quiere revelar y a través de él nos quiere salvar. Qué vacío podría tornarse ese encuentro si quien lo busca no ansía de verdad encontrarlo y quien debe revelarlo no lo conoce.

Por eso, el quicio que sostiene el verdadero *ars celebrandi* es la contemplación del Misterio. Sin ella corremos el peligro de convertirnos en actores que no logran llevar a sus fieles a ser adoradores en espíritu y verdad, provocando con ello que no logren «impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico»[16], que es precisamente el modo más ordinario como ejercen su sacerdocio bautismal, es decir, santificando el mundo a modo de fermento[17].



¿Cómo celebraban la Misa los primeros cristianos? (2021). [Ilustración].
Primeros Cristianos. <https://www.primeroscristianos.com/misa-primeros-cristianos/>

La observancia de otros factores podría ayudarnos a presidir celebraciones bellas, pero quien contempla es capaz de levantar la mirada de su pueblo para que vea lo que se esconde más allá de la estética celebrativa, pues la belleza no es más que las alas que permiten elevarnos para contemplar lo que se esconde a nuestros ojos, como afirmaba Santo Tomás: «lo que no comprendes y no ves, lo atestigua una fe viva, fuera de todo el orden de la naturaleza. Lo que aparece es un signo: esconde en el misterio realidades sublimes»[18].

Enseña el Papa emérito Benedicto XVI: «Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos. Precisamente así, y sólo así, nos hacemos una sola cosa con Él y, en cierto modo, pregustamos anticipadamente la belleza de la liturgia celestial. La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica»[19].

[15] 1 Jn 1,1-3.

[16] AA 6.

[17] Cf. AA 2.

[18] Citado en JUAN PABLO II, “Carta encíclica *Fides et ratio*” (14-09-1998), 13.

Sin esta contemplación no hay forma de comprender la incidencia en la vida de la Iglesia, ni el valor del sacerdocio, ni de la cristificación. Si todos acuden a la celebración pensando que solo basta con la presencia a razón del *ex opere operato*, no hay forma de que la gracia vaya santificando a todos los que reciben el cuerpo del Señor ya que, como enseña el Papa emérito «sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera»[20].

2.4. La «sinergia ministerial»

Aquí puede encontrar un lugar muy importante un término que lo usamos con frecuencia: «sinergia», es decir, la cooperación entre Dios y el hombre; entre su gracia y nuestra voluntad.

El *ars celebrandi* tiene su continua fuente en la contemplación del misterio que el ministro ha experimentado, del cual está convencido, ante el cual experimenta estupor. Dicho de otra manera, el Espíritu no necesita de celebrantes zombis o títeres, es decir, que actúan reflejamente o sin voluntad, sino de testigos que con su piedad sincera conducen a otros a Cristo.

La liturgia, que es el ejercicio del sacerdocio de Cristo en el cual él asocia a su Cuerpo místico íntegro[21], supone la confluencia sinérgica de voluntades: la de Dios, la del ministro y la del sujeto.

La Encíclica *Mediator Dei* enseña en repetidas ocasiones que la efectiva cooperación del hombre es necesaria para no hacer vano el don de Dios [22]. De hecho, «la obra de la redención, independiente por sí misma de nuestra voluntad, requiere el íntimo esfuerzo de nuestra alma para que podamos conseguir la eterna salvación»[23]. El Catecismo de la Iglesia católica también especifica que los sacramentos «Dan fruto en quienes los reciben con las disposiciones requeridas»[24].

Esta sinergia no debe darse, como es de suponer, solo entre Dios y el sujeto, sino que implica también al ministro que, en nombre de Cristo y de la Iglesia, sirve como dispensador de los dones divinos[25]. Es un modo de responder en conciencia

ante la grandeza de este don y una manera extraordinaria de facilitar la comunión de los fieles con Cristo.

2.5. La conciencia de ser «alter Christus»

El original latino de la exhortación contenida en el ritual de la ordenación presbiteral: «Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras» va más allá del uso del verbo «considerar» español; podría traducirse mejor como «reconocer» que implica un proceso más minucioso de análisis, sugiriendo con ello que lo que realizamos con nuestro ministerio es portador de una realidad que debe ser discernida, considerada, más aun, contemplada e interiorizada por el presbítero. Solo así podríamos decir: «lo que hemos contemplado y vivido es lo que celebramos con ustedes».

El día de la ordenación el presbítero es revestido de un modo nuevo. Ese revestimiento debe significar para él su vocación de ser presencia sacramental de Cristo-Cabeza en medio de la asamblea [26]. A partir del *Directorio para la vida y ministerio de los presbíteros* cuando dice que ellos «son llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado»[27], comprendemos que la santidad sacerdotal, se inspira y anima en la contemplación del Maestro y está íntimamente ligada a nuestro servicio como presidentes. En su afán por ser fiel a esta vocación, procura la santidad porque a través de esa transparencia los fieles entran con mayor facilidad en el Misterio, causando aquella participación activa que es uno de los principales fines del *ars celebrandi* y que abordaremos más adelante.

Dice el Papa emérito Benedicto XVI:

«Eso es precisamente lo que sucede en el bautismo: nos revestimos de Cristo [...]. Significa que entramos en una comunión existencial con él, que su ser y el nuestro confluyen, se compenetran mutuamente. [...] Esta teología del bautismo se repite de modo nuevo y con nueva insistencia en la orde-

[19] SCa núm. 66.

[20] BENEDICTO XVI, «Discurso a la Curia Romana» (22-12-2005): *AAS* 98 (2006), pág. 45.

[21] Cf. SC 7.

[22] Cf. MD 50.97; cf. SC 11.

[23] MD 44.

[24] CEC, 1131.

[25] Cf. SC 19.

[26] Cf. PDV 15.

[27] PDV 15. Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para la vida y ministerio de los presbíteros*, 41.



nación sacerdotal. [...] así también en el sacerdocio se da un intercambio: en la administración de los sacramentos el sacerdote actúa y habla ya "in persona Christi". [...] En los sagrados Misterios el sacerdote no se representa a sí mismo y no habla expresándose a sí mismo, sino que habla en la persona de Otro, de Cristo»[28].

Esta «representación» de la que habla el Papa emérito no se refiere al uso teatral de la acepción española sino a un modo nuevo pero real de estar de Cristo en medio de la asamblea.

Para él, revestirnos para celebrar cada Eucaristía tiene una implicación interior: renovar el «sí» de nuestra entrega a Señor, renovar el «ya no soy yo», dejar manifiesto que estamos allí en la persona de Cristo[29]. Este revestimiento es, según él, un intercambio de destinos y una mutua compenetración del «ser»[30]. Su misión de ser *alter Christus* debe llevarlo, pues, a encarnar los sentimientos de Cristo de manera que el Padre reconozca en él la voluntad, los sentimientos y la disposición de su Hijo. De esta manera tendría sentido que el presbítero dijera con Cristo en su Encarnación: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; [...] Entonces yo dije: He aquí que vengo [...] para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad»[31]. Pero ¿Cómo podría llevarse a cabo esto si el sacerdote está desconectado del corazón de su Maestro?

No podemos ser transparencia suya solo por vestirnos, hablar, caminar, mirar de modo distinto. Para nosotros debería tener una implicación más profunda: el ministerio que la Iglesia pone en nuestras manos exige que cada día cooperemos con el Espíritu, en la medida que vamos asumiendo el molde que nos contiene; a esto los padres espirituales llamarían «cristificación»[32]. El arte para celebrar no puede desconectarse del arte de la cristificación del mismo presbítero. Por eso se ha insistido tanto,

al inicio de esta ponencia, en la fuerza del testimonio.

3. PROPUESTAS PARA EL ARS CELEBRANDI EN COLOMBIA

Hasta aquí hemos podido ver que el *ars celebrandi* es la consecuencia lógica de unas experiencias espirituales previas, iluminadas por una visión fiel de la ministerialidad; considerarlo de otra manera podría hacer que cayéramos en la superficialidad, rechazada por el Señor con las palabras «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí»[33].

Conviene ahora reflexionar acerca del modo como podemos ser en Colombia presidentes en una liturgia que toque el corazón, que invite a la participación con todos los sentidos, que mueva a la conversión y que permita llevar a cabo una transformación de vida con frutos de santidad.

3.1. Ser humildes

Dice el Señor a través del profeta Isaías: «En ese pondré mis ojos: en el humilde y en el abatido que se estremece ante mis palabras»[34]. En la sabia pedagogía de la Iglesia, los presbíteros nos revestimos para celebrar la Eucaristía para que caigamos en la cuenta de que no somos nosotros sino Cristo quien se hace presente para salvar. Partiendo de ello podríamos imaginar cuánto bien nos hace la humildad y cuánto daño nos hace la soberbia. El primer pensamiento que debe guiar nuestro ministerio es que obramos en nombre de Otro que es el fuerte hasta el punto de decir con san Pablo: «Ya no soy yo quien vive: es Cristo quien vive en mí»[35]. Como enseña el Papa emérito Benedicto XVI, «El hecho de acercarnos al altar vestidos con los ornamentos litúrgicos debe hacer claramente visible a los presentes, y a nosotros mismos, que estamos allí “en la persona de Otro”»[36].

[28] BENEDICTO XVI, “Santa Misa Crismal. Homilía de Su Santidad Benedicto XVI” (5-04-2017), en: https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2007/documents/hf_ben-xvi_hom_20070405_messa-crismale.html

[29] Cf. *Ibid.*

[30] Cf. *Ibid.*

[31] Heb 10,5-7; cf. Sal 40,7-9.

[32] Cf. Ef 4,13.

[33] Mt 15,8-9, cf. Is 29,13.

[34] Is 66,2.

[35] Gál 2,20.

[36] Benedicto XVI, “Santa Misa Crismal...”



La soberbia es la es la raíz, no pocas veces, de abusos litúrgicos: aquella que nos lleva a creer que somos mejores que nuestros antepasados cristianos, que podemos diseñar «algo» capaz de satisfacer en mejor medida los anhelos de nuestro pueblo, que no es necesario ser fieles a las normas y al espíritu que les han dado vida, porque nosotros lo hacemos mejor.

Por lo mismo, cualquier camino que elijamos para mejorar nuestro *ars celebrandi* debe contar como compañera imprescindible la humildad que nos lleve a decir: «Somos siervos inútiles; no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber»[37], que no hacemos con nuestro ministerio otra cosa que ser custodios de un «tesoro» que la Iglesia ha querido poner en nuestras manos el día de nuestra ordenación presbiteral.

Solo la humildad nos abrirá el camino y nos ofrecerá las luces. Sin ella, no presentamos a Cristo, sino que nos presentamos nosotros mismos con nuestras limitaciones, con nuestros gritos ahogados, con nuestros conatos y conducimos a nuestros fieles a la confusión y al desconcierto[38].

3.2. Ser reflejo que glorifica

Llama la atención que, en el evangelio de san Marcos se presente la vocación de los Doce, en primer lugar, para «estar con él» (cf. 3,13-14). Si atendemos bien a la gravedad de nuestro ministerio podemos caer en la cuenta de que no es algo accidental o superficial, pues es de esa compañía, de la que sacamos las fuerzas no solo para llevar a cabo nuestro ministerio sino para impregnarnos de sus sentimientos y sincronizar su corazón de Buen pastor con el nuestro, siendo así verdaderamente «otros Cristos». Nuestro propio ministerio nos lleva a comprender que, sin esa compañía, sin esa configuración que se talla a través de la contemplación es imposible ser su reflejo en el mundo.

En la liturgia Dios es glorificado y el hombre es sanado y elevado (salvado). Esto es lo que bella-

mente enseña, en síntesis, la Encíclica *Mediator Dei*, del Papa Pío XII, sobre la Sagrada liturgia[39].

Esta encíclica nos muestra que coexisten el culto interior y el exterior, siendo el primero el más esencial pues conduce a vivir con Cristo, consagrarse a él para que en él sea Dios glorificado; de lo contrario, usando sus palabras, «la religión se convierte en un formulismo sin fundamento y sin contenido»[40].

Por tanto, el primero en el que Dios debe glorificarse es en el mismo sacerdote cuya vida intenta convertir en el primer lugar de culto. Si lo consideramos así, podremos comprender que nuestro rol ministerial implica poner todo de nuestra parte para que Dios sea glorificado con la alabanza de la asamblea que experimenta interiormente la obra conjunta de la Trinidad que, por el ministerio de la Iglesia la sana y la santifica.

Podemos intuir, entonces que esta transparencia no es una meta personal, sino que forma parte de nuestro ministerio, pues «no se puede honrar dignamente a Dios si el alma no se eleva a la consecución de la perfección en la vida, [...] [así,] el culto tributado a Dios por la Iglesia en unión con su Cabeza divina tiene la máxima eficacia de santificación»[41].

Porque el presbítero no desea que su ministerio gire alrededor de un formulismo sin contenido, se esfuerza por vivir él primero el Misterio que celebra, no sea que —como afirma san Pablo— habiendo predicado a muchos, termine él mismo descalificado[42]. Queramos aceptarlo o no, la santidad sacerdotal se nota, la santidad sacerdotal se contagia.

3.3. «Sentir el Misterio con estupor siempre nuevo»[43]

Uno de nuestros errores ha sido atender más a lo externo olvidándonos del Misterio que lo signos portan, al cual sirven; no podemos olvidar que «El ministerio de la Iglesia [...] reclama el misterio de Cristo»[44].

[37] Lc 17,10.

[38] Cf. EE, 52; VQA, 13

[39] Cf. MD 18-32; cf. SC 7.

[40] MD 35.

[41] MD 39.

[42] Cf. 1Cor 9,26.

[43] FRANCISCO, “Discurso del santo padre Francisco a los profesores y estudiantes del pontificio instituto litúrgico” (7-05-2022), en: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2022/may/documents/20220507-pont-istituto-liturgico.html>

[44] FLORES, J.J., “Ars celebrandi...”, 75, citando a: ROMERO POSE, E., “La vuelta al misterio y la enseñanza de la teología”, en: *Revista española de teología* 61 (2001) págs. 7-51.



Unida a la renovación de nuestra vocación primordial que es «estar con el Señor» para vivir como él, pensar como él, amar como él y soñar como él está la recuperación de nuestro amor primero[45], de manera que cada día nuestra vocación esté más libre de frivolidades.



EL CANTO DE LOS MINISTROS EN DIÁLOGO CON LA ASAMBLEA. (s. f.). [Ilustración]. Música Litúrgica. <https://musicaliturgia.wordpress.com/category/eucaristia-y-musica-liturgica/>

Es posible que a lo largo de nuestro ministerio hayamos perdido ese amor, aquella unción y piedad de nuestros primeros años de sacerdocio y hayamos creído que era importante lo que realmente era secundario. Sin esa centralidad podemos perdernos en mil cosas que nos hablarán de Cristo pero que no serán Cristo mismo[46] y, como consecuencia, gastaremos la vida hablando de las cosas de Cristo, sin darlo personalmente a Él.

Lo que permite a la Iglesia ser para el mundo un faro en medio de las tinieblas es ser portadora de Cristo y su relación particular con la vida divina que llamamos «Misterio»[47]. Sin esa presencia y sin esa relación, la Iglesia sería solo una organización humana con objetivos filantrópicos loables.

Un mal nefasto en nuestro ministerio sacerdotal es la costumbre, que viene cuando dejamos de maravillarnos ante lo que es capaz de hacer Dios a través de nuestras pobres fuerzas humanas. La costumbre y la superficialidad hacen que los fieles nos perciban cansados, sin unción, artificiales. A menudo es posible presenciar celebraciones en las que no se sabe quién tiene más deseos de terminar antes: si el presidente o los fieles.

3.4. Conectar *ars celebrandi* y espiritualidad litúrgica

La espiritualidad litúrgica subyace de cada buena celebración. Con razón afirma el Magisterio: «No se puede esperar una participación activa en la liturgia eucarística cuando se asiste superficialmente, sin antes

examinar la propia vida [...] En efecto, “sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera”»[48].

La espiritualidad litúrgica permite al presbítero configurarse cada día más con Cristo para ser su presencia creíble en medio de la comunidad y permite también a los fieles que el fruto de su participación activa en la liturgia se encarne en

su vida, convirtiéndose así en pueblo santo y sacerdotal[49]. No puede llevarse a cabo una celebración que no proceda de esta espiritualidad y que no conduzca a ella.

Una celebración bien preparada ayuda a los fieles a descubrir el modo como pueden vivir lo celebrado. Por ejemplo, la homilía —más que una catequesis, una cátedra de historia, o una sesión de autosuperación— es una oportunidad para que los fieles descubran el modo como la Palabra ilumina sus vidas y al mismo tiempo el modo como pueden encarnarla en sus ambientes propios y en situaciones concretas.

3.5. Redescubrir el sentido de la obediencia litúrgica

Hay cierta tendencia a asociar el espíritu post-conciliar con libertad, creatividad, flexibilidad y hasta cierta anarquía. A menudo se asocia la observancia fiel de las normas con un espíritu rígido y preconiliar sin tener en cuenta tanto las normas conciliares como las continuas llamadas del Magisterio pontificio reciente a la observancia fiel de las normas y a la renuncia a cualquier tipo de abuso «que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento»[50].

[45] Cf. Ap 2,4-5.

[46] Como lo sugiere el Cardenal F. X. Nguyen Van Thuan en los ejercicios espirituales dados en el Vaticano, el año 2000, al mencionar su experiencia en la prisión. Puede leerse completo en VAN THUAN, F. X., *Testigos de esperanza* (Editorial Ciudad Nueva, 2011).

[47] Cf. GS 1.

[48] SCa 55.66.

[49] Cf. Ex 19,6; 1Pe 2,29.

[50] JUAN PABLO II, Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (17-04-2007), 10.

No podemos confundir la fidelidad a la norma —por tratarse del cuidado de una realidad que nos ha sido encomendada— y el interés por las formas y las formalidades, más que por la realidad, que suscita no pocas veces división en la Iglesia, como lo sugiere el Papa Francisco[51].

La obediencia fiel supone claridad, entereza de ánimo, valentía, confianza en la autoridad.

El derecho litúrgico tiene normas que permiten ser adaptadas, pero establece explícitamente los mecanismos y los organismos responsables para llevarlas a cabo[52]. Ello indica que hay otras normas en las que no es posible ser flexibles, como lo indica expresamente *Redemptionis Sacramentum* [=RS]:

«Pero Dios nos ha concedido, en Cristo, no una falsa libertad para hacer lo que queramos, sino la libertad para que podamos realizar lo que es digno y justo. Esto es válido no sólo para los preceptos que provienen directamente de Dios, sino también, según la valoración conveniente de cada norma, para las leyes promulgadas por la Iglesia. Por ello, todos deben ajustarse a las disposiciones establecidas por la legítima autoridad eclesiástica»[53].

Y es aquí donde encontramos un verdadero obstáculo en la construcción de un *ars celebrandi* que sea manifestación de la Iglesia-comunión: hemos llegado a creer que somos diseñadores de la liturgia y, en nombre de esa flexibilidad o celo pastoral —si preferimos llamarlo de este modo— moldeamos los ritos a nuestra manera, convirtiendo a los fieles más en espectadores de nuestras invenciones que en celebrantes de una realidad que nos supera.

La obediencia fiel a esas normas mantiene intacto el Depósito de la fe (que se ve alterado con nuestros abusos), fortalece la identidad de la Iglesia (que refleja en la liturgia la *lex credendi*), y permite que los fieles se sientan auténticamente católicos y abrazados por una realidad que no está a merced del celebrante de turno.

Si la Iglesia no nos permite explícitamente adaptar, nos sugiere que la norma debe ser acatada sin contestar. De hecho, ella misma afirma: «Por lo mismo, nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la Liturgia»[54].

Esta «flexibilidad» atribuida injustamente al espíritu del Vaticano II, es la que provoca el relativismo en otras dimensiones de la vida eclesial, al pensar que la norma es observable o no, dependiendo de circunstancias determinadas, que terminan siendo nuestro gusto o conveniencia. Flexibilidad que nos lleva con cierta frecuencia a abusos lamentables y totalmente absurdos, como el de aquellos que han celebrado la santa Misa con niños el día de *Halloween* disfrazados como ellos.

RS al hablar de los abusos los atribuye a un erróneo concepto de libertad y a la ignorancia sobre el sentido y antigüedad ciertos ritos[55]. A estas dos causas, se suma nuestra falta de humildad, de la que ya hemos hablado.

A propósito, RS dice: «En algunos lugares, los abusos litúrgicos se han convertido en una costumbre, lo cual no se puede admitir y debe terminarse»[56], pues oscurecen la recta fe y doctrina e impiden que los fieles reconozcan al Señor en el sacramento[57]. El abuso no está determinado por el carácter inédito de lo realizado sino por el hecho de ir en contra de la norma que regula.

No puedo dejar de compartirles el texto completo que, sobre este tema, presenta el documento en cuestión:

«El Misterio de la Eucaristía es demasiado grande “para que alguien pueda permitirse tratarlo a su arbitrio personal, lo que no respetaría ni su carácter sagrado ni su dimensión universal”. Quien actúa contra esto, cediendo a sus propias inspiraciones, aunque sea sacerdote, atenta contra la unidad substancial del Rito romano, que se debe cuidar con decisión, y realiza acciones que de ningún modo corres-

[51] Cf. FRANCISCO, “Discurso del santo padre Francisco a los profesores y estudiantes del pontificio instituto litúrgico” (7-05-2022), en: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2022/may/documents/20220507-pont-istituto-liturgico.html>

[52] Cf. SC 22.39-40.

[53] RS, núm. 7, citando a Cf. JUAN PABLO II, “Carta Encíclica *Veritatis splendor*” (6-08-1993), 35.

[54] SC 22 §3.

[55] Cf. RS 7.9. Véase la nota 53.

[56] RS 4.

[57] Cf. RS 6, citando a EE 10.



ponden con el hambre y la sed del Dios vivo, que el pueblo de nuestros tiempos experimenta, ni a un auténtico celo pastoral, ni sirve a la adecuada renovación litúrgica, sino que más bien defrauda el patrimonio y la herencia de los fieles. Los actos arbitrarios no benefician la verdadera renovación, sino que lesionan el verdadero derecho de los fieles a la acción litúrgica, que es expresión de la vida de la Iglesia, según su tradición y disciplina. Además, introducen en la misma celebración de la Eucaristía elementos de discordia y la deforman, cuando ella tiende, por su propia naturaleza y de forma eminente, a significar y realizar admirablemente la comunión con la vida divina y la unidad del pueblo de Dios. De estos actos arbitrarios se deriva incertidumbre en la doctrina, duda y escándalo para el pueblo de Dios y, casi inevitablemente, una violenta repugnancia que confunde y aflige con fuerza a muchos fieles en nuestros tiempos, en que frecuentemente la vida cristiana sufre el ambiente, muy difícil, de la “secularización”»[58].

3.6. Ser fiel para abrir el horizonte humano

El presbítero es el hombre al servicio del Misterio y, por lo mismo, dilatador del horizonte humano más allá del tiempo y del espacio. Escribía el Papa san Juan Pablo II: «La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino»[59].

El Concilio Vaticano II nos había dicho: «En la Liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, [...] hasta que se manifieste El, nuestra vida, y nosotros nos manifestamos también gloriosos con El»[60].

Como escribía Martínez de Tejada del Rosal, «Las dificultades principales que nos encontramos hoy no son tanto de adaptación de formas y estilos de

celebración, sino de comprensión del mundo que la liturgia supone y realiza: sentido epifánico de la realidad, los signos, los símbolos como determinantes de la vida humana, el tiempo y el espacio como ámbitos posibles de lo sagrado»[61]. Dicho de otra manera, uno de los principales problemas con respecto al *ars celebrandi*, es que muchos de los celebrantes hemos vaciado del contenido principal nuestras celebraciones: tal vez sin querer, hemos desplazado a Cristo y nos hemos puesto nosotros mismos como protagonistas.

El Papa san Juan Pablo II advierte en *Ecclesia de Eucharistía* una comprensión limitada del misterio eucarístico que limita la celebración a un «encuentro convival fraterno»[62]: esto trae como consecuencia que la preocupación principal ya no es la salvación sino la satisfacción de gustos personales.

En la liturgia se hace presente Cristo, el único *Cronocrátor*, confluyendo en él pasado, presente y futuro escatológico. El memorial llevado a cabo en ella, concretamente en la Eucaristía, nos eleva por encima del presente para llevarnos a una dimensión meta temporal.

Cuando celebramos a nuestra manera, vaciamos la celebración de su contenido salvífico, porque ya no actuamos como ministros de la Iglesia, sino como artífices de nuestros propios ritos, vendedores de nuestro propio ingenio. Con ello, nos convertimos en un obstáculo para que los fieles contemplan la riqueza de los signos, pues impedimos a Cristo ser transparentado a través de nuestro ministerio.

3.7. Recuperar la conciencia eclesial

Es necesario también tener presente que no somos miembros aislados, sino que formamos parte del Cuerpo místico de Cristo[63]. Como leemos en SC: «Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es "sacramento de unidad" [...]. Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan»[64].

[58] RS, núm. 11.

[59] EE 19.

[60] SC 8.

[61] MARTÍNEZ DE TEJADA DEL ROSAL, “La belleza de la celebración”, en: ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE LITURGIA, *Ars celebrandi. El arte de celebrar el misterio de Cristo* (Madrid 2008), pág. 129, citando a GONZÁLEZ DE CARDENAL, O., *Fundamentos de Cristología*, II (BAC, Madrid 2006), págs. 824-825, nota 124.

[62] EE 10.

[63] Cf. 1Cor 12,12-14.

[64] SC 26.



Ha sido la Iglesia la que nos ha confiado el ministerio para que lo realicemos en su nombre. Es decir, en la liturgia actuamos en la persona de Cristo, pero por designación de la Iglesia. Esto tendría que bastar para mantenernos en fidelidad, pues no tenemos en nuestra riqueza personal algo más extraordinario que lo que Jesucristo y la Iglesia pueden ofrecer al hombre.

3.8. Recuperar el verdadero sentido del «celo pastoral»

No es tampoco desconocido un particular interés creativo con una serie de iniciativas que sugieren más la procura de *confort* en un grupo específico de fieles, que el celo pastoral por lograr una participación activa, consciente, piadosa y fructuosa como lo deseaba el Concilio Vaticano II[65]. Hay condescendencias que, en lugar de hacer bien, hacen mal al pueblo de Dios como, por ejemplo, alegando razones pastorales mover por sistema la hora de inicio de la Solemne Vigilia pascual o la disminución de lecturas en la misma celebración al mínimo, solo por no hacerla larga. No sabemos si por consideración a los fieles o al propio celebrante.

No pocos de los abusos que se cometen en la liturgia se llevan a cabo procurando un bien para los fieles. Por eso, es necesario preguntarnos si nuestro celo pastoral obedece a un miedo a perder fieles o a que nuestros fieles se pierdan. Este celo debe tener como único referente a Cristo, buen Pastor, que ha dicho: «yo les doy vida eterna; no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano»[66].

3.9. Cultivar la experiencia personal

Otro problema que impide un desempeño ministerial con fruto es nuestra excesiva confianza en los libros. Tendríamos que preguntarnos si nuestro ministerio sacerdotal lo apoyamos en la sólida formación teológica, que es importante, o en la experiencia personal con Cristo, que es fundamental.

Podemos caer en la tentación de creer que los manuales lo aseguran todo, hasta la respuesta de los fieles, pero el Señor nos advierte que solo en el trato personal y continuo con Él, podemos dar fruto: «sin mi nada pueden hacer»[67].

No puede extrañarnos que los presbíteros no seamos expertos en el arte de celebrar como lo sueña la Iglesia, si nuestra vida espiritual no la hemos levantado sobre experiencias que hagan surgir un amor encendido a Dios. Por esto es tan importante que más adelante demos una mirada a la formación sacerdotal.

3.10. Interiorizar de la Instrucción General del Misal Romano

Si el Magisterio supone la observación íntegra de las normas litúrgicas para un correcto *ars celebrandi*[68], podríamos preguntarnos si todos los que ejercemos este ministerio en la Iglesia hemos leído, asimilado, interiorizado el contenido de la Instrucción General del Misal Romano y, estamos actualizados en la lectura meditada de las últimas enseñanzas magisteriales sobre el culto eucarístico. De esta manera podríamos determinar si los abusos que cometemos están dados por ignorancia o por una pertinaz desobediencia.

3.11. Recuperar el verdadero sentido del culto espiritual

Como se ha dicho en repetidas ocasiones, el *ars celebrandi* se vale de la estética para obtener frutos espirituales. Un buen presidente ayuda sus fieles a considerar lo formal como un medio para el encuentro con Cristo.

Los fieles, entonces, pueden comprender no solo que la creación entera nos lleva a Dios, sino también que la vida cotidiana es un ámbito de adoración en el que cada uno ejerce su sacerdocio bautismal, inspirado en cuanto afirma el Apóstol: «Los exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es su culto espiritual»[69].

Es decir, un buen presidente permite que los fieles entiendan la liturgia más allá del espacio celebrativo y ayuda a fieles para que consideren su vida cotidiana como oportunidad para glorificar a Dios con la vida santa. El buen celebrante ayuda a los fieles a comprender que la *fructuosa participatio*, tiene como condición fundamental la disposición para la conversión de corazón[70].

[65] Cf. SC 14.

[66] Jn 10,28.

[67] Jn 15,5.

[68] Cf. SCa 38.

[69] Rom 12,1.

[70] Cf. SCa 55a.



3.12. Comprender el sentido profundo de «participación»

Una mirada panorámica del Concilio Vaticano II nos permite ver que la participación activa implica la comprensión de los ritos, la inmersión activa en la dinámica litúrgica, la ejecución de un ministerio cuando es posible, la buena disposición para recibir los frutos y cooperar con la gracia, la transformación de las realidades que nos rodean.

Como podemos ver, no tiene como fin solo la celebración, sino que pretende conducir a cada fiel a la comunión con Cristo para transformar su vida y la de quienes los rodean, con una conciencia cada vez más clara de lo que implica ser ofrenda, ofrecer sacrificios espirituales, ser adorador en espíritu y verdad[71]. Si atendemos específicamente la vocación de los laicos, ejercer su vocación en el mundo a modo de fermento[72] es una consecuencia lógica de esta participación transformadora.

De manera que el *ars celebrandi* no puede contentarse solo con la visualización externa de la Iglesia jerárquicamente ordenada, sino que procura siempre que los fieles obtengan los frutos ya mencionados.

3.13. Descubrir el verdadero sentido de los ministerios

Una dificultad a veces ignorada para lograr nuestro cometido en el *ars celebrandi* es la poca conciencia ministerial que tenemos tanto presidentes como laicos.

Vaciar el ministerio laical de su dimensión mística y reducirlo solo a una presencia que facilita un desempeño, es una traición a la grandeza de lo que implica este ejercicio sacerdotal en la liturgia y nos priva de la fecundidad de la oración de cada ministro desempeñando su servicio.

A menudo nos quejamos por la inconstancia de nuestros laicos en el ministerio: es una consecuencia lógica del cansancio y la superficialidad. En la medida que llenemos de profundidad y sentido espiritual su servicio, veremos cómo el Espíritu comienza a producir frutos.

¿Cuántos somos consciente de la grandeza de los ministerios en nuestras celebraciones?, ¿cuántos oramos con nuestros ministros para implorar a Dios que haga fecundo cada ministerio?, ¿cuántos ponemos a nuestras comunidades en la oración para que Cristo hable realmente a sus corazones?



Formación litúrgica de la Comunidad Cristiana. (2014). [Ilustración]. Iglesia de Navarra. <https://www.iglesianavarra.org/francisco-perez/documentospastorales/2014/06/formacion-liturgica-de-la-comunidad-cristiana/>

3.14. Recuperar el lugar de la liturgia en la formación sacerdotal

Una de principales enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre la liturgia es que ella «es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza»[73]. SC, al referirse a la formación litúrgica en los seminarios reafirma la verdad ya expuesta, ordena que la formación litúrgica esté entre las materias más importantes del itinerario[74] e indica que: «En los seminarios y casas religiosas, los clérigos deben adquirir una formación litúrgica de la vida espiritual, por medio de una adecuada iniciación que les permita comprender los sagrados ritos y participar en ellos con toda el alma, sea celebrando los sagrados Misterios, sea con otros ejercicios de piedad penetrados del espíritu de la sagrada Liturgia; aprendan al mismo tiempo a observar las leyes litúrgicas, de modo que en los seminarios e institutos religiosos la vida esté totalmente informada de espíritu litúrgico»[75]. El decreto sobre la formación sacerdotal *Optatam totius* solo subraya la importancia de la formación litúrgica sin apenas detenerse en consideraciones propias.

[71] Cf. SC 48.

[72] Cf. AA 2.

[73] SC 10.

[74] Cf. SC 16.

[75] SC 17.

Lo cierto es que esa «adecuada iniciación» de la que habla SC que tiene como objetivo la comprensión y participación «con toda el alma», tiene su origen —como lo acabamos de indicar— no en una comprensión académica sino en una experiencia personal con el Misterio.

Tendríamos que preguntarnos si en nuestros seminarios la vida litúrgica es realmente el eje de toda la formación. Dicha centralidad no se evidencia por el hecho de que se inicie el día con las laudes y se termine con las completas: exige que los formandos puedan experimentar que es realmente el oasis de toda su jornada y la columna vertebral de su proceso.

Como formadores debemos preguntarnos si nuestros seminarios son una auténtica escuela de adoración y contemplación del Misterio, si estamos haciendo que ellos mismos busquen de manera espontánea estar horas enteras en compañía del Maestro: ¿cuánto tiempo nuestros seminaristas pasan espontáneamente junto al Santísimo por fuera de las celebraciones programadas? ¿cuánto tiempo pasamos nosotros como responsables de esa formación? ¿a qué dimensión de mi ministerio le dedico mis mejores momentos, la mayor parte de mi tiempo? ¿cuál preparo con mayor generosidad?

Lo que sí tenemos claro es que, si desde el seminario la liturgia no es la cima y la fuente de todo el proceso en la vida de un aspirante, difícilmente lo va a ser una vez reciba la ordenación presbiteral.

3.15. Proteger la identidad católica

De SC aprendemos que «Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es "sacramento de unidad [...]. Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan»[76].

No es desconocido para ninguno de nosotros el nexo y la mutua relación que existe entre «*lex orandi*» y «*lex credendi*», pues la Iglesia celebra lo que cree y cree lo que celebra. Por ello, afirma L.

Beauduin: «Decidme cómo oraba san Agustín, en Hipona, Ambrosio en Milán, Isidoro en Sevilla, Gregorio en Nisa, Crisóstomo en Constantinopla, y os diremos el “credo” de sus respectivas Iglesias»[77].

Por tanto, es impensable dar cabida a elementos que deformen esta identidad, pues la alteración en una incide en la otra. Quizás el elemento más susceptible para abrazar errores es el canto litúrgico que, al parecer, en la actualidad no sigue estrictamente los criterios dados por *Sacrosanctum concilium*, especialmente en su necesidad de «tomarse principalmente de la Sagrada Escritura y de las fuentes litúrgicas»[78] y estar sometido a la aprobación de la autoridad competente[79].

Urge que las Diócesis formen y apoyen a nuestros compositores[80] para que compongan auténticas obras de arte que puedan ser entonadas por las *Scholae cantorum* y por el pueblo fiel[81] y que sean capaces también de animar sus momentos de oración personal, valiéndose de un espíritu auténticamente católico.

Urge también, que los señores obispos vigilen y regulen la incursión de composiciones de origen foráneo en la liturgia de su jurisdicción.

3.16. Discernir las artes

Finalmente, el Magisterio también destaca el nexo entre belleza y liturgia por lo que siempre ha de optarse por las formas más nobles de arte[82]. Desde mi punto de vista no basta el arte en sí mismo: debemos optar siempre por aquella expresión que mejor refleje la perfección de las formas propias del Misterio que celebramos[83]. Es decir, toda forma artística es expresión humana, pero no siempre es expresión de lo divino ni conduce a ello.

4. CONCLUSIÓN

Podríamos concluir diciendo que el verdadero servicio a través del *ars celebrandi* lo llevamos a cabo cuando lo llenamos de sentido espiritual, pues

[76] SC 26.

[77] Citado en GONZÁLEZ LÓPEZ-CORPS, M., “El adagio ‘Lex Orandi-Lex Credendi’ en la exhortación apostólica ‘Sacramentum Caritatis’”, en: FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO, *Colección Subsídium*, 23, pág. 20.

[78] SC 121.

[79] Como lo sugiere la *Instrucción General del Misal Romano* (2002), 48.87.

[80] Cf. SC 115.

[81] Cf. SC 121.

[82] Cf. SCa 41; SC 112.

[83] Cf. FLORES, J. “Ars celebrandi. Creatividad en la fidelidad”. En: ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE LITURGIA, *Ars celebrandi. El arte de celebrar el Misterio de Cristo* (Madrid 2008) pág. 87.



procura, en último término, el encuentro con Dios vivo que transforma la vida de los fieles para que cumplan también su misión de transformar las estructuras en las que viven.

En la liturgia el hombre no puede buscarse a sí mismo. Por tanto, el eje de todo nuestro arte debe ser Cristo[84], quien toma la iniciativa, quien salva: esa centralidad evitará, tanto a los presidentes como a los fieles, caer en la superficialidad y el egocentrismo que desnaturalizan la liturgia[85] y conducen al cansancio, al sinsentido y a la desorientación.

Los fundamentos de este arte brotan como de un manantial del encuentro personal del ministro con el Sumo sacerdote: en él contempla el Misterio y teje una relación íntima con el Maestro; en él es moldeada su imagen con la de Cristo y en él son sincronizados sus corazones; en él redescubre el lugar de su ministerio en la Iglesia; en él se convierte en verdadero adorador en espíritu y verdad, testigo y maestro.

Que el Señor nos conceda una humildad profunda para reconocernos humildes siervos[86], necesitados siempre de estar unidos a la vid para poder dar fruto[87], y avive en nosotros un espíritu continuo de conversión para poder transparentarlo a él, Alfa y Omega[88].

TABLA DE SIGLAS

AA	Decreto <i>Apostolicam Actuositatem</i> (Concilio Vaticano II)
CEC	Catecismo de la Iglesia Católica
EE	Carta encíclica <i>Ecclesia de Eucharistia</i>
GS	Constitución pastoral <i>Gaudium et Spes</i> (Concilio Vaticano II)
MD	Encíclica <i>Mediator Dei</i>
PDV	Exhortación apostólica postsinodal <i>Pastores dabo vobis</i>
RS	Instrucción <i>Redemptionis Sacramentum</i>
SC	Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i> (Concilio Vaticano II)
SCa	Exhortación apostólica postsinodal <i>Sacramentum Caritatis</i>
VQA	Instrucción <i>Vicesimus quintus annus</i> ★

Pbro. Ferney Alonso Castañeda Marín

Sacerdote de la Diócesis de Armenia,
Doctor en Teología litúrgica de la Universidad
Eclesiástica San Dámaso (Madrid-España),
Delegado de Liturgia de la Diócesis de Armenia,
Párroco de la Parroquia San José Córdoba – Quindío.



La Liturgia - De lo visible a lo invisible

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
y H.M. Televisión

<https://www.youtube.com/watch?v=2cZZ1YID7Pw>

[84] Pues, como afirma Arocena: «Sólo Cristo puede salvar el abismo entre Dios y el hombre, como sólo los ritos cristianos pueden salvar el abismo entre lo divino invisible y lo visible humano, aquí y ahora»: AROCENA, F. M., “Per Visibilia ad Invisibilia. Teología del signo”, en: ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE PROFESORES DE LITURGIA, *Ars celebrandi. El arte de celebrar el misterio de Cristo* (Madrid 2008) pág. 19.

[85] MARTÍNEZ DE TEJADA DEL ROSAL, “La belleza de la celebración”, pág. 122.

[86] Cf. Lc 17,10.

[87] Cf. Jn 15,4.

[88] Cf. Ap. 1,8.



Historia de salvación y Liturgia



Preparando mi liturgia: Formemos el cuerpo que anuncie la buena noticia de la salvación. (2022). [Ilustración]. Arquimédios GDL.
<https://www.arquimédiosgd1.org.mx/cultura-y-formacion/preparando-mi-liturgia-formemos-el-cuerpo-que-anuncie-la-buena-noticia-de-la-salvacion/>

La sucesión lineal de hechos unidos globalmente por un sentido unitario permite hablar de *historia*. Pero tener la Sagrada Escritura como fuente y criterio de juicio en el plano de la revelación abre el camino a una concepción de la teología que hace que esa historia se convierta en *historia de salvación*[1]. Historia que se funda en la revelación, en los testimonio del AT y NT. La revelación de Dios se introduce en el tiempo y en la historia de los hombres: historia que es «*el lugar donde podemos constatar la acción de Dios en favor de la humanidad*» (JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Fides et ratio*, n. 12).

Toda la Sagrada Escritura se puede describir como: «*la revelación del amor de Dios por el ser humano. Por amor lo creó a su imagen y semejanza; por amor lo llamó a mantener una relación personal con Él, y por amor se comprometió en la historia humana, haciendo de ésta una historia de salvación*»[2].

I. RECUPERACIÓN DE LA CATEGORÍA «HISTORIA DE SALVACIÓN» EN LA LITURGIA

El benedictino Lambert Beauduin (1873-1960) en su opúsculo *La piedad de la Iglesia*, afirma que el objeto de la liturgia es *la obra* de la salvación (término usado por él) a través de la presencia activa de Cristo[3]. Con otro benedictino, Odo Casel (1886-1948) se alcanza la comprensión de que la liturgia de la Iglesia es la celebración sintética de toda la *historia de salvación*[4]: el proyecto concebido desde siempre por Dios se realiza *históricamente* en el AT y en el NT y se reactualiza sacramentalmente en las acciones litúrgicas de la Iglesia hasta su definitivo cumplimiento escatológico en la segunda venida del Señor.

El elemento determinante de esta concepción es la recuperación de la formulación *misterio-sacramento*, la liturgia, en el misterio, hace presente

[1] Bibliografía: BLÁSER P., *Historia de la salvación - Sagrada Escritura*, en *Conceptos fundamentales de la Teología I*, Madrid 1979, 641-658; CULLMANN O., *La historia de salvación*, Barcelona 1967; DANIELOU J., *Historia de salvación y liturgia*, Salamanca 1965; DARLAP A., *Teología fundamental de la historia de salvación*, en *Mysterium Salutis I*, Madrid 1974, 47-204; DARLAPP A., *Historia de la salvación - Elaboración sistemática*, en *Conceptos fundamentales de la Teología I*, Madrid 1979, 652-658; DíEZ MACHO A., *Historia de salvación*, Madrid 1968; PANNENBERG W., *La revelación como historia*, Salamanca 1977; PISTOIA A., *Historia de la Salvación*, en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1987, 998-1015; SEVERINO CROATTO J., *Historia de salvación, la experiencia religiosa del pueblo de Dios*, Estella, 2000; VAGAGGINI C., *Historia de salvación*, en *Nuevo Diccionario de Teología I*, Madrid 1982, 642-665; Vv.AA., *El concepto de historia de salvación*, en *Actas del Congreso de Teología del Vaticano II*, Barcelona 1972, 463-527.

[2] SCHÖKEL, L. A., *La Biblia de Nuestro Pueblo, Biblia del Peregrino*, Bilbao, 2016, p. 14.

[3] *La piété de l'Eglise, principes et faits*, Mont-Cesar, Lovaina, 1914. Edición preparada por Josep Urdeix en: CUADERNOS PHASE 74, BARCELONA 1996.

[4] Sus intuiciones fundamentales se encuentran recogidas en su obra: *El misterio del culto cristiano*, San Sebastián 1953.

para cada creyente, de cualquier época, la plena realidad de *la obra de salvación*, el misterio es Cristo mismo, en persona (cf. Col 1,27;F 2,2; Ef 1,4-9; 3,4.9).

La Constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium* en el primer capítulo al describir la *Naturaleza de la sagrada liturgia y su importancia en la vida de la Iglesia*, afirma que la «obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios» tiene una dimensión histórica precisa en cuanto iniciada con los acontecimientos del AT, cumplida en la plenitud de los tiempos con Cristo y continuada por la Iglesia a través de la predicación de la palabra y la actualización sacramental en la liturgia, gracias a la acción del Espíritu Santo (cf. nn. 5-7).

La *Sacrosanctum Concilium* recupera la liturgia en el contexto de la economía salvífica *histórica*, y ofrece una comprensión de la liturgia como momento de síntesis y, al mismo tiempo, como actualización última de la historia de salvación. De síntesis, porque todos los acontecimientos salvíficos que parten de la creación y llegan a la segunda venida de Cristo constituye el contenido propio de la liturgia; y actualización última, porque la salvación, definitiva dada por Dios a los hombres en Cristo y por Cristo, pasa ahora efectivamente por la mediación sacramental de la liturgia, en la que está ya contenida y ordenada su encarnación en la vida.

La Sagrada Escritura muestra cómo la relación que vincula a Dios y al pueblo se teje totalmente en la historia viva del pueblo. La pascua del éxodo establece a los descendientes de Abrahán en pueblo de Dios, y el hecho se constituye en un hecho de excepcional importancia para la vida religiosa de Israel. Israel relee su historia descubriendo en sus diversas etapas la manifestación de una actuación divina y comprendiendo en todo ello las líneas de un proyecto ordenado y coherente. Sus orígenes llegan a enmarcarse en la *génesis* de todo lo que existe: la creación de la nada por obra de Dios. El mismo acto divino del creador es comprendido -a partir del éxodo de Egipto, por el acontecimiento por el que Dios *crea su* pueblo- como acontecimiento de salvación. En el acto mis-

mo por el que Dios se revela como creador se manifiesta ya como *salvador*. La experiencia del éxodo, la liberación con vistas a una alianza, se lee ya en el acontecimiento de la creación, y se encuentra en la base de toda la *historia de salvación*.

Dios se revela a sí mismo no sólo en la creación, sino entrando en la historia de un pueblo. Y esta Revelación de Dios, que continua en la historia, tiene su plenitud en Jesucristo: la Palabra creadora que está en el origen del mundo, se ha encarnado en Jesús y ha mostrado el verdadero rostro de Dios.

Los acontecimientos del AT son «*sombra de lo venidero; la realidad es la persona de Cristo*» (Col 2,16-17). La *realidad* de la salvación está única y totalmente en el acontecimiento Cristo; es verdaderamente *historia* desde el momento en que se identifica con los acontecimientos de su existencia terrena: encarnación, predicación, pasión-muerte, resurrección-glorificación.

«*La Palabra se hizo carne*» o, se podría también decir, «*la Palabra se hizo historia*», esto significa presencia de Dios en el tiempo concreto; «*y habitó entre nosotros*» (Jn 1,14) significa la raíz del acontecimiento fundamental y recapitulador de la existencia y de la actuación, es decir, del misterio de Cristo: su muerte y su resurrección pascual. En el símbolo de la fe se afirma que «*padeció bajo el poder de Poncio Pilato*» o también que «*fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato*», se señala una fecha que da consistencia histórica al misterio de Cristo.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* al abordar el tema de la liturgia afirma que «*es el Misterio de Cristo lo que la Iglesia anuncia y celebra en su liturgia a fin de que los fieles vivan de él y den testimonio del mismo en el mundo*» (n. 1068), porque por medio de la liturgia, citando SC 2, «*se ejerce la obra de nuestra redención*» y así contribuye a que los fieles, en su vida, expresen y manifiesten a los demás el misterio de Cristo».

II. CELEBRACIÓN DE LA HISTORIA DE SALVACIÓN EN ACCIONES SIMBÓLICAS

El plan de Dios que lleva a cabo la salvación es a la vez historia y misterio. Es historia en cuanto que la salvación llega a ser realidad en el acon-



tecimiento Cristo; es misterio en cuanto que la misma y única realidad de la salvación continúa estando presente y accesible en el sacramento-plenitud de Cristo que es la Iglesia y, de modo específico, en los signos sacramentales de la liturgia[5].



Una Pregustación de la Gloria Eterna. (2018). [Ilustración]. Mater Gloriosa. <https://matergloriosa.wordpress.com/2018/04/18/una-pregustacion-de-la-gloria-eterna/>

Las dos formas, histórica y misteriosa, se distinguen conceptualmente, pero no son separables, al estar el hecho histórico de la salvación ordenado a perpetuarse en el acto sacramental-litúrgico, y este acto litúrgico está ordenado a permitir, en el tiempo y en el espacio, el acceso al don de la salvación que ha surgido de aquél.

La acción litúrgica es un acontecimiento de salvación porque, perteneciendo al tiempo de la Iglesia, pone el hoy histórico en contacto con el tiempo de Cristo, con la realidad ya históricamente cumplida de la salvación en Cristo y por Cristo, y es también su continuación. Es un acontecimiento sacramental porque sus modos de actualizar la salvación son diversos de los que son propios del hecho histórico en sí.

La *historia de salvación* alcanza en la acción sacramental de la liturgia su momento último de actuación: quienes participan en la celebración litúrgica, con las debidas disposiciones interiores, se ponen en contacto con la realidad del misterio de Cristo, son conformados gradualmente con ese

misterio y entran así en la *historia de salvación* cristológicamente definida.

III. EXPRESIONES LITÚRGICAS CONCRETAS

El celebración litúrgica permite reconocer un espíritu y una mentalidad útiles para un conocimiento más atento y consciente de lo que significa insertarse en la *historia de salvación* a través de la liturgia. «Toda celebración es presencia actual del misterio de Cristo y en ella se prolonga la *historia de salvación*... Celebrar los aconteci-

mientos de la encarnación del Hijo de Dios no es un simple recuerdo de hechos del pasado, sino que es hacer presentes los misterios portadores de salvación. En la liturgia, en la celebración de los sacramentos, esos misterios se hacen actuales y llegan a ser eficaces para nosotros, hoy» (BENEDICTO XVI, Audiencia general, 5 de enero de 2011).

La plegaria eucarística al relatar y dar gracias por lo que el Padre ha hecho por el hombre en Jesucristo relata y da gracias por el *pasado*, realiza de manera explícita y completa el memorial del sacrificio pascual de Cristo. En ella se proclama una recapitulación de la historia de salvación en el sentido de la presencia actual de un verdadero acontecimiento salvífico, que proclama las intervenciones salvíficas divinas. La Plegaria eucarística IV se reconoce como una profesión de fe resumida, que abarca desde la realidad suprema, Dios y desde la creación y la redención, hasta el misterio de la Iglesia y la escatología.

El esquema fundamental de los textos ecológicos sigue siendo la proclamación y alabanza de las maravillas de Dios (*anamnesis*), y la invocación para obtener el don del Espíritu que renueve

[5] Se sigue en este apartado lo expuesto por: PISTOIA A., *Historia de la Salvación*, en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1987, 998-1015.

los maravillas de Dios (*epiclesis*) haciéndolos actuales en el sacramento o sacramental.

En la oración de **bendición del agua bautismal**, por ejemplo, se hace solemne memoria de los grandes acontecimientos de la historia de salvación que prefiguraba ya el misterio de Cristo. Las maravillas de Dios se leen a la luz del signo salvífico representado por el agua. El texto de bendición rememora los grandes antitipos de la sacramentalidad del agua desde la creación hasta la resurrección: Dios ha preparado en mil modos el agua que confiere la gracia bautismal. Desde el origen del mundo, el agua es la fuente de la vida y de la fecundidad. Es a la vez tipo del diluvio que destruye el mal y conserva el bien. El agua recuerda también el tipo del Mar Rojo, que destruye los soldados del Faraón y alcanza la verdadera liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, en el que se anuncia la liberación obrada por el bautismo. El Bautismo es prefigurado en el paso del Jordán, por el que se llega a la tierra prometida, imagen de la vida eterna. Todas las prefiguraciones de la antigua Alianza culminan en Cristo: La fórmula hace mención del agua del bautismo de Cristo en el Jordán y el agua que sale de su costado sobre la cruz y el mandato de bautizar.

Con relación al año litúrgico, las *Normas universal* señala que la Iglesia celebra el memorial de la obra de la salvación realizada por Cristo, en días determinados durante el año. El domingo hace memoria de la Resurrección del Señor, y una vez al año, en la Pascua, es celebrada juntamente con su Pasión. Durante el año despliega todo el misterio de Cristo y conmemora los días natalicios de los Santos (cf. *Normas universal sobre el año litúrgico* n. 1). El repetirse de los ciclos (*Kronos*) no *cierra* la historia de salvación, sino que replantea continuamente los acontecimientos básicos para su progresiva apropiación en el momento litúrgico-celebrativo (que tiene siempre a la eucaristía como centro), de modo que la acción salvífica de Dios *atraviesa* el tiempo cósmico y hace de él *tiempo oportuno* (*kairós*) para la salvación.

Las lecturas de la misa proclaman de alguna manera la historia en la que Dios se revela como salvador; es el lugar privilegiado para descubrir los acontecimientos de este camino. Su distribución ofrece el conocimiento de toda la palabra

de Dios, conforme a una adecuada explicación. Todo el año litúrgico la selección y distribución de lecturas tiende a que, de modo progresivo, se conozca más profundamente la fe que profesan y la historia de la salvación (cf. *Ordenación del Leccionario de la Misa* n. 60).

En los actuales leccionarios, todo el NT y gran parte del AT, está dispuestos para nutrir la fe de las comunidades. Los responsables del leccionario al deber ofrecer *«las partes más significativas de la Sagrada Escritura»*, según lo pedía la Constitución litúrgica debieron responder a diversas intencionalidades (n. 51).

Se busco, por ejemplo, que para los domingos del Tiempo Ordinario tuviera un esquema común que siguen los tres ciclos: las primeras semanas propone el inicio de la misión pública de Jesús, las últimas poseen un tema escatológico y las semanas que se encuentran entre ellas presentan, de manera continua, diversos acontecimientos y enseñanzas de la vida del Señor.

El tiempo de Navidad se organizó en torno a una serie de fiestas cuyo evangelio corresponde al acontecimiento celebrado.

Las lecturas del AT de los domingos de Cuaresma se refieren a la *historia de salvación*, que presentan los principales elementos de esta historia, desde el principio hasta la promesa de la nueva alianza.

En la Vigilia Pascual, se proponen siete lecturas del AT, que recuerdan las maravillas de Dios en la *historia de salvación*, y dos lecturas del NT: el anuncio de la Resurrección según los tres evangelios sinópticos, y la lectura apostólica sobre el bautismo cristiano como sacramento de la Resurrección de Cristo (cf. *Ordenación del Leccionario de la Misa*, n. 99). Las siete lecturas proclaman partes esenciales de la teología del AT, desde la creación al sacrificio de Abrahán, hasta la lectura más importante, el Éxodo. Las cuatro lecturas siguientes anuncian los temas cruciales de los profetas. Con ello estamos inmersos en el flujo de la *Historia de la salvación* por medio de los sacramentos de iniciación celebrados en esta Vigilia, como recuerda la carta de san Pablo a los Romanos (Directorio Homilético, Vaticano 2014, n. 49).

Un recurso para comprender el vínculo entre los temas del AT y su cumplimiento en el Misterio Pascual de Cristo lo dan las oraciones que siguen a cada lectura. Las oraciones expresan el profundo significado cristológico y sacramental de los textos del AT al hablar de la creación, del sacrificio, del Éxodo, del Bautismo, de la misericordia de Dios, de la alianza eterna, de la **purificación** del pecado, de la redención y de la vida en Cristo.

La oración sobre las ofrendas del misal, suele contener una teología del cambio que se va a producir en los elementos del pan y del vino. En la oración que corresponde al segundo domingo del T.O. pedimos al Señor que nos conceda *«participar dignamente de estos misterios, pues cada vez que cele-*

bramos este memoria del sacrificio de Cristo se realiza la obra de nuestra redención». Los misterios que se celebra es un *sacrificio memorial*; que es al mismo tiempo la ejecución actual de la obra de la redención. El *memorial del sacrificio* no es un simple recuerdo. El contenido y objeto de la celebración cristiana de los misterios es la redención obrada por Cristo, y de la cual esperamos alcanzar. ★

Pbro. Gabriel Jaime Molina Vélez

Sacerdote de la Arquidiócesis de Medellín
Filósofo y Teólogo de la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín (UPB),
Licenciado y Doctor en Sagrada Liturgia por el Instituto Pontificio de Liturgia de San Anselmo de Roma,
Profesor de Liturgia y Sacramentos en la facultad de Teología de la UPB y del Seminario Conciliar de Medellín.
Párroco de la Parroquia San Marcos, de Envigado(Ant.).



Liturgia Eucarística

Papa Francisco

<https://www.youtube.com/watch?v=8MQcr60X8sk&t=140s>

La Celebración de la Palabra de Dios: una Historia hecha Liturgia



La liturgia, marco privilegiado de la Sagrada Escritura. (s. f.). [Ilustración]. Catequesis para todos. <https://jesusantonioclaraordonez.wordpress.com/la-liturgia-marco-privilegiado-de-la-sagrada-escritura/>

La relación entre Biblia y liturgia nos abre un camino de comprensión no solo de lo que debe vivirse en cada celebración sino del carácter sacramental de la misma Palabra de Dios. Este horizonte permite verificar la mutua dependencia entre biblia y liturgia, respetando la autonomía de cada una, pero reclamando la dimensión de relacionalidad intrínseca que hace que la Biblia nazca de la liturgia y a su vez la liturgia nazca de la Biblia.

Plantear la relación estrecha entre Palabra y Liturgia nos tendría que llevar a plantearnos la pregunta ¿cuánta Biblia hay en la Liturgia y cuánta Liturgia hay en la Biblia? para terminar descubriendo que la Liturgia es el ambiente vital donde un texto se hace Palabra de Dios y que esa Palabra es en sí misma una celebración del acontecer de Dios en medio de la historia[1].

En el presente artículo, se desarrolla la primera parte de la cuestión planteada: La Biblia nace de la liturgia y se articula a partir de la experiencia de una escucha creyente y de una mirada fiel que hace de la historia misma el lugar por existencia para descubrir el actuar divino. El Dios de Israel es

el Dios que actúa en la historia y se manifiesta en ella, hasta el punto de ser un Dios con categorías immanentes: escucha, ve, camina con su pueblo, conduce, saca con mano poderosa, etc.

Presupuestos fundamentales

Existen dos presupuestos esenciales para poder descubrir la relación entre Biblia y liturgia, a partir de las categorías esenciales de Palabra de Dios y de Liturgia:

La Palabra de Dios supera los límites de la Escritura y rompe las barreras del tiempo y del espacio, hasta el punto de poder contemplar al Dios que se vuelve experiencia y así se genera incluso desde la búsqueda teológica un triple camino de investigación: experiencia de Dios como revelación, experiencia de Dios como eclesialidad y experiencia de Dios como diálogo.

Para entrar en el primer presupuesto, es necesario recordar el camino trazado por la Constitución Dei Verbum[2] cuando afirma:

La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los

[1] Gabriel Jaime Gómez Gutiérrez. “La Palabra de Dios escuchada y celebrada en la liturgia”. En. Cuestiones Teológicas Vol. 42 ,No. 97 (2015), 282.

[2] Concilio Vaticano II. Constitución dogmática Dei Verbum 21

fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles.

Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: "Pues la palabra de Dios es viva y eficaz", "que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados".

Este presupuesto nos lleva a recordar que no se trata sólo de venerar un libro sacro o de utilizar de manera especial una de sus partes en la liturgia. Va más allá de eso, se trata del mensaje vivo, transmitido mediante la Sagrada Escritura, en cuanto celebrado en la acción litúrgica: celebración litúrgica de la Palabra de Dios.

En ese mismo sentido, ya nos recordó Benedicto XVI en la exhortación Apostólica surgida del Sínodo de la Palabra[3], que la historia es el lugar donde Dios se revela y que por eso el cristianismo no es religión del libro:

Si bien es cierto que en el centro de la revelación divina está el evento de Cristo, hay que reconocer también que la misma creación, el *liber naturae*, forma parte esencialmente de esta sinfonía a varias voces en que se expresa el único Verbo. De modo semejante, confesamos que Dios ha comunicado su Palabra en la historia de la salvación, ha dejado oír su voz; con la potencia de su Espíritu, «habló por los profetas». La Palabra divina, por tanto, se expresa a lo largo de toda la historia de la sal-

vación, y llega a su plenitud en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios. Además, la palabra predicada por los apóstoles, obedeciendo al mandato de Jesús resucitado: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15), es Palabra de Dios. Por tanto, la Palabra de Dios se transmite en la Tradición viva de la Iglesia. La Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento, es la Palabra de Dios atestigüada y divinamente inspirada. Todo esto nos ayuda a entender por qué en la Iglesia se venera tanto la Sagrada Escritura, aunque la fe cristiana no es una «religión del Libro»: el cristianismo es la «religión de la Palabra de Dios», no de «una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo». Por consiguiente, la Escritura ha de ser proclamada, escuchada, leída, acogida y vivida como Palabra de Dios, en el seno de la Tradición apostólica, de la que no se puede separar.

Es básico entonces recordar que la materialidad del libro no es la que reúne a la Iglesia, sino el mensaje contenido en esa materialidad. Es un libro que abierto en una asamblea resuena como Palabra de Dios cuando se proclama su mensaje.

Este presupuesto nos va llevando a entender la relación entre Palabra y liturgia de una manera más amplia que simplemente a nivel de contenidos y fórmulas, tal como expresa el *Ordo lectionum missae*:

En la celebración litúrgica, la palabra de Dios no se pronuncia de una sola manera, ni repercute siempre con la misma eficacia en los corazones de los que la escuchan, pero siempre Cristo está presente en su palabra y, realizando el misterio de salvación, santifica a los hombres y tributa al Padre el culto perfecto. Más aún, la economía de la salvación, que la Palabra de Dios no cesa de recordar y de prolongar, alcanza su más pleno significado en la acción litúrgica, de modo que la celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de esta palabra de Dios. Así, la palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor ineficiente en su eficacia para con los hombres[4].

[3] Benedicto XVI. Exhortación Apostólica post sinodal *Verbum Domini*. No. 21

[4] OLM 4



El Segundo presupuesto reclama la unidad intrínseca entre Biblia y liturgia. El Binomio celebración litúrgica y Palabra de Dios implica reconocer que no son realidades autónomas, sino una realidad única donde, en orden a la salvación, se complementan.

Por liturgia entendemos celebración, sea de un acontecimiento de salvación (sacramento) o de otro signo donde se significan los efectos espirituales obtenidos por súplica de la Iglesia.

Por biblia estamos entendiendo aquí no el libro sino el mensaje vivo, que cobra vida cuando el libro se abre en una asamblea y se transforma la letra en Palabra de Dios. Por esto “no podemos olvidar que la liturgia ha sido un elemento fundamental a la hora de canonizar el texto bíblico, es decir, el uso frecuente en la liturgia fue uno de los criterios que ayudaron a fijar el canon, de manera especial el del Segundo Testamento”[5].

Precisamente esta unidad se ve manifiesta en lo que el Papa Benedicto XVI llama carácter performativo de la Palabra, dado que lo que la Tradición ha afirmado de los sacramentos es ahora retomado en el valor de una la Palabra que realiza lo que ella contiene. En otras palabras, se afirma el carácter sacramental de la Palabra de Dios.

El Sínodo de los Obispos, afrontando el tema del valor de la liturgia para la comprensión de la Palabra de Dios, ha querido también subrayar la relación entre la Sagrada Escritura y la acción sacramental. Es más conveniente que nunca profundizar en la relación entre Palabra y Sacramento, tanto en la acción pastoral de la Iglesia como en la investigación teológica. Ciertamente «la liturgia de la Palabra es un elemento decisivo en la celebración de cada sacramento de la Iglesia»; sin embargo, en la práctica pastoral, los fieles no siempre son conscientes de esta unión, ni captan la unidad entre el gesto y la palabra. «Corresponde a los sacerdotes y a los diáconos, sobre todo cuando administran los

sacramentos, poner de relieve la unidad que forman Palabra y sacramento en el ministerio de la Iglesia». En la relación entre Palabra y gesto sacramental se muestra en forma litúrgica el actuar propio de Dios en la historia a través del carácter performativo de la Palabra misma. En efecto, en la historia de la salvación no hay separación entre lo que Dios dice y lo que hace; su Palabra misma se manifiesta como viva y eficaz (cf. Hb 4,12), como indica, por lo demás, el sentido mismo de la expresión hebrea *dabar*. Igualmente, en la acción litúrgica estamos ante su Palabra que realiza lo que dice. Cuando se educa al Pueblo de Dios a descubrir el carácter performativo de la Palabra de Dios en la liturgia, se le ayuda también a percibir el actuar de Dios en la historia de la salvación y en la vida personal de cada miembro[6].



LA BIBLIA QUE NACE DE LA LITURGIA

La primera página de la biblia nos ofrece la imagen de un Dios que habla: Dijo Dios que haya y hubo, además, aparece la idea de que esa palabra pronunciada no se lanza al vacío, sino que exige una escucha y en la escucha acontece.

La historia de Israel muestra que las mayores causas de los fracasos se han dado por olvidar lo que les distingue de los otros pueblos: la alianza, pero esa alianza necesita escucha y memoria. Aquí es significativo recordar que hasta el día del hoy el gran mandamiento es Shemá, escucha (Dt 6,4-9). Esta escucha viene acompañada de una simbología que se expresa en colocar la *mezuzá* en las entradas y salidas de la casa y en la fijación de las filacterias

[5] Gabriel Jaime Gómez Gutiérrez (2015). “La Palabra de Dios escuchada y celebrada en la liturgia”. p. 285.

[6] Benedicto XVI. Exhortación Apostólica post sinodal *Verbum Domini*. No. 53.

con el mismo texto para buscar el encuentro con el Omnipotente en la oración diaria. El símbolo ayuda a la memoria.

Pero, así como se debe escuchar y recordar, también se debe guardar. El Sábado, núcleo celebrativo de Israel, está considerado en la Torah como algo más que un rito: se debe “observar/guardar” (Dt 5,12-15) y “recordar” (Ex 20,8).

En síntesis, el punto de partida de la experiencia celebrativa de Israel es la historia, que no se vuelve una sumatoria de acontecimientos ni la sucesión de eventos, sino que reclama un significado un hilo conductor que no es otro que la idea de la salvación.

COMIENZO DEL CAMINO: DE LA HISTORIA A LA LITURGIA

Dado que el Israel pre-exílico es el pueblo de la oralidad, de la memoria colectiva y de las tradiciones ancestrales, es lógico que los lugares de reunión se vuelvan en espacios privilegiados para la memoria, tal como ocurre en los santuarios menores y mayores de la época de la monarquía dividida e incluso antes de que existiera el Templo en Jerusalén. La Biblia nace entonces de la liturgia cuando se evidencia que la ritualidad modela la historia colectiva. La liturgia expresa una experiencia salvífica y así la revelación acontece como un dato de la historia salvífica y no como un evento externo y desconectado de las circunstancias geográficas e históricas del pueblo elegido.

Los santuarios son entonces lugares de la memoria y junto a estos lugares se re-crean las tradiciones y se va organizando una manera muy concreta de orar, que parte de la vida, de la experiencia de Dios en cada momento por simple que sea. La oración de Israel no nace del intelecto ni el diseño composicional sino de su acontecer: *Šemônê ‘esrê* (las 18 bendiciones).

En el Primer Testamento, se resalta sobre todo el actuar de YHWH que hace que el hombre descubra sus maravillas y las cante, salte de alegría y desborde rebotante, todo su ser. Israel establece fiestas y las celebra de una manera vinculante con su historia y la manera cómo Dios ha estado con

ellos, cada fiesta es un recuerdo del actuar de Dios en el aquí y en el ahora: “Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

Si nos preguntáramos ¿cuál es el sentido de las fiestas judías?, tendríamos que responder en tres sentidos, según explica Léon-Dufour : Celebración agradecida de las grandes gestas de YHWH, Anticipación gozosa del porvenir y exigencias para el presente. En otras palabras, “las diversas fiestas adquieren nuevo sentido en función del pasado que recuerdan, del porvenir que anuncian, del presente, cuya exigencia revelan”[7].

Este sentido de la fiesta nos introduce en las prácticas de un pueblo que no inventa ritos, sino que celebra su propia historia. Israel celebra fiestas por lo que Dios ha hecho en ellos y en su historia, por eso la centralidad de la fiesta del *Shabat* (el sábado, Ex 20,11), la Pascua (Dt 5,12-15;16,1), que son la memoria permanente de la liberación. La fiesta de los tabernáculos recuerda la marcha por el desierto y el tiempo de los esponsales con YHWH (Lv 23,42s) y luego, la fiesta de las semanas (Pentecostés) recordaba el regalo de la ley en el Sinaí. Así, la liturgia es el memorial del acontecer de Dios en la historia del pueblo.

Las fiestas agrarias se convertían en fiestas conmemorativas. Israel da gracias por la tierra y por la historia, igual que las fiestas pastoriles que parten de la experiencia de los tiempos y lugares, de los cambios de estaciones y de la lucha permanente contra la peste de los ganados.

Como anticipación gozosa del porvenir la fiesta pone al pueblo en la sintonía de esperanza porque lo que Dios ha hecho en el pasado puede repetirlo en el futuro. Toda liturgia se vuelve motivo de esperanza y sobre todo en la época del post-exilio terminará cargada de una fuerza escatológica, como sucedió con la pascua.

Por último, la fiesta trae consigo el carácter de exigencia para el presente y ello está significado en la constante reclamación de la coherencia entre el gozo y el corazón contrito. La fiesta es un llamado para que Israel vuelva al camino del Señor y acepte su voluntad. Toda liturgia es un llamado a la conversión por alegre y festiva que parezca.

[7] X. León-Dufour. Vocabulario de teología bíblica. (Barcelona: Herder, 2002), 340.



Si memoria e historia se vuelven liturgia, es necesario aclarar que la liturgia no fue jamás la repetición del pasado sino el memorial con su carga hebrea de *zikaron*, que busca no solo conservar el recuerdo, sino que busca una permanente reconversión histórica que resignifica y conecta al pueblo del presente con la experiencia del pueblo de antes. Así las fiestas de peregrinación se convirtieron no en un simple recuerdo y pasaron a ser incluso motivo de selección como ocurrió en la reforma de Esdras con la fiesta de las tiendas que terminó excluyendo de Israel a quienes no habían sido exiliados (Neh 8,17).

Los hebreos tienen tres grandes fiestas que se llaman fiestas de peregrinación: Pascua, Pentecostés y Tabernáculos, ya que era obligatorio celebrarlas en Jerusalén después de la centralización del culto soñada por David y llevada a cabo en la reforma del rey Josías.

Muy probablemente, la Pascua era celebrada en el plenilunio del mes de Nisán (marzo – abril) y que haya nacido como unión de dos fiestas (Pascua con la muerte de los corderos y la fiesta de los ázimos). Se cree que la muerte del cordero era una costumbre pastoral pre-mosaica mientras que la fiesta de los ázimos sería de carácter agrícola y de origen cananeo. Cuando los israelitas entran en Canaán, celebran ambas fiestas separadas (Ex 23,15; 34,18).

En la Pascua hebrea, la sangre del cordero de un año tenía en los orígenes la función de alejar los maleficios de la grey, pero luego, al ser utilizada sobre las puertas se convirtió en salvación del exterminador que saltaba o pasaba más allá de las casas hebreas (esto significa Pascua). La manera de comer el cabrito (asado y de manera rápida) era uso de los pueblos nómadas.

La unión de las dos fiestas se da en la época de Josías, que reinó en Judá entre el 639-608 a.C. (2Re 23,21-23) que unificó el culto en Jerusalén y transformó dos fiestas familiares en fiestas del templo (Dt 16,1-8).

La segunda fiesta, Pentecostés, era la fiesta agrícola señalaba el final de la cosecha de los granos (Ex 23,16; 34,22). La festividad se celebra 7 semanas después del segundo día de Pésaj y su nombre tiene origen en este hecho (Shavuot).

En el post-exilio, la fiesta de Pentecostés tiene un recuerdo histórico que celebra el don de la Torah y por eso la ceremonia típica era la ofrenda de dos panes de harina nueva, cocida con la levadura (es la única vez que el ritual prescribe el uso del fermento en una ofrenda presentada a Yhwh).

Y la fiesta de los tabernáculos tiene como nombre original «fiesta de la recolección de los frutos» o simplemente «fiesta de la cosecha», pero los israelitas le dieron un recuerdo histórico de las tiendas en las que habitaron sus antepasados en la península sinaítica. Tuvo una evolución bastante notoria, de manera que según Lv 23,33-36.39-43 era una fiesta alegre que duraba siete días y se daban asambleas litúrgicas, sacrificios en el templo, permanencia en las tiendas y uso de ramos verdes de palma. La festividad comienza el 15 de Tishrei, con la puesta del sol.

Esta fiesta influye en la determinación de quién es el verdadero Israel en la reforma de Esdras y Nehemías (Neh 8,17).

Los relatos bíblicos del Pentateuco y de la historia deuteronomista tienen como línea teológica importante que la historia se mueve por el actuar de YHWH y no por la destreza de los líderes o representantes del pueblo y por eso las grandes gestas de Dios son narradas en lenguaje litúrgico, como procesiones y peregrinaciones (éxodo, conquista de la tierra, caída de los muros de Jericó, etc.).

Por esta razón el rito no lo inventa el hombre, sino que es un acto gratuito que surge de una experiencia salvífica de un pueblo. El rito nace como historia, la comunidad de Dios en el Primer Testamento y en el Segundo repite aquello que Dios le ha ordenado; la celebración es hacer aquello que Dios quiere, es una Biblia celebrada, una Palabra de Dios, un mandato de Dios revelado.

Este carácter de gratuidad y revelación del culto mismo queda expresado en la misma gestualidad y simbología.

La norma del culto está dentro del propio culto. Ello significa que el culto sólo puede ser organizado en su celebración a partir de la revelación, a partir de lo que Dios disponga...Israel tiene que aprender a venerar a Dios de la forma en que el mismo lo quiere. El culto, es decir, la liturgia, es



una parte de la veneración. A esta veneración corresponde también la vida que se conforma al querer de Dios... El culto existe como mediación de esa visión, para dar así vida y proporcionar a Dios la gloria... la verdadera liturgia tiene que dar por supuesto que Dios responde y muestra cómo hemos de rendirle culto[8].

LA ALIANZA COMO ESQUEMA FUNDANTE

La expresión litúrgica y la narración bíblica confluyen en una experiencia fundante y originaria de la realidad de un pueblo llamado Israel.

Aunque no se trata aquí de hacer toda una teología bíblica de la Alianza, se pueden dar algunos elementos que ayuden a comprender que la alianza está al centro de la relación entre biblia y liturgia y expresa cómo la biblia nace de la liturgia.

Es difícil definir la alianza, por lo que ella misma comporta y lo que significa, además porque no puede contenerse la grandeza de la alianza en el lenguaje humano ni alcanza la mente a comprender la inmensidad de la generosidad divina plasmada allí.



Generalmente, la alianza es vista como unión de dos o más partes, pero la alianza bíblica supera este concepto porque hay una gratuidad divina que no exige una contraparte para la estabilización de la alianza. Dios se compromete y esta es la novedad de esa alianza bíblica.

No necesita realmente la expresión verbal, porque los símbolos abarcan mucho más que las palabras y superan con creces la realidad que pueden contener las palabras.

Alianza implica comunión y por ello genera una relación estrecha entre las partes implicadas. Ser pueblo de la elección no es simplemente un convenio, es un don y mueve a una relación diferente con la divinidad.

Puede ser una relación unilateral pidiendo respuesta, ya que Dios asume un compromiso: Yo seré su Dios y ustedes serán mi pueblo, pero esto implica un don gratuito de libertad, protección y amparo (Ex 6,7-9).

La alianza tiene dos ópticas que se complementan desde la promesa y las alianzas del Primer Testamento y desde la óptica del Segundo Testamento.

En el Primer Testamento la alianza (*Berît*) tiene un esquema general que puede repetirse a lo largo del tiempo: Siempre hay dos partes, así la alianza sea un compromiso unilateral de Dios, va más allá de un acto jurídico y adquiere sentido de promesa, juramento, compromiso, tratado, pacto.

Un aspecto esencial de la alianza es el don. El punto de partida de la alianza será siempre el don y no el límite. Eso se aplicará en la formulación de las 10 palabras de alianza: se parte del don «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud» (Ex 20,2; Dt 5,6).

1. La alianza de Dios con Abram: Gestos y palabras

El relato del Génesis nos presenta la alianza en términos de una acción simbólica: “El sol se puso y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados” (Gn 15,17).

La acción simbólica de partir y pasar genera una expresión: en hebreo se dice que la alianza “se corta, se parte”, para indicar una acción simbólica que rubrica el pacto.

[8] Ratzinger J., Introducción al espíritu de la liturgia, 11-16

La promesa de la alianza con Abram es un don: la tierra. La alianza trae una nueva manera de vivir y se cambia la condición de extranjero a la de heredero y poseedor de la tierra.

Sólo Dios promete, Abram permanece en silencio y sólo obedece para participar en la acción simbólica de cortar la alianza; sin embargo, la alianza trae una identidad, conlleva una marca de elección que según el texto de Gn 17,9-14, será la circuncisión. Este signo no es firma sino marca para ayudar a la memoria y jamás olvidar cuál es la relación de Dios con su pueblo.

2. La alianza del Sinaí: concepto más denso de alianza (Ex 19-24)

El Sinaí se convierte un lugar simbólico, allí la alianza pasa del gesto a la Escritura: *sefer habberit* (Ex 19,5 y 24,7), sin abandonar las acciones simbólicas y teofánicas.

El rollo contiene las prescripciones que el pueblo se compromete a observar (Ex 20,22-23,19). Así la identidad se plasma ahora no solo en la circuncisión sino en la Torah y las experiencias se codifican, por eso refleja un Israel ya sedentario, donde el código de la alianza no es una alianza sino unas obligaciones de convivencia armónica y diferenciadora en medio de una sociedad plural.

Alianza va más allá de una palabra y se convierte en una condición, un modo de ser, de tal manera que ser pueblo de alianza es una marca existencial.

El regreso del exilio trajo para Israel no solo el cambio de estructura de gobierno sino una nueva manera de ver el tema de la alianza, ya que la identificación de alianza y Torah llevó a centrar todo en la Torah y a estructurar la religión del judaísmo a partir de la Torah oral, de tal manera que la Torah se torna en la reforma de Esdras y Nehemías en la nueva constitución política de Israel. “La ley encarna concretamente la promesa y la gracia divina; la circuncisión, signo de la alianza divina con Abrahán y distintivo del piadoso judío, se convierte en el presupuesto para el compromiso de la observancia de la Torah (cf. Gál 5,3)[9]”

En el Segundo Testamento es curioso que los primeros cristianos no usan la categoría alianza para referirla a la vida de la Iglesia, sino que se usa el término *diatheke* (διαθήκη) vinculado a la eucaristía (Mt 26,28; Mc 14,24; Lc 22,20; 1Cor 11,25), y relacionado con la sangre (Ex 24,8).

Se junta la idea de alianza y la de expiación y aparece la idea de “nueva alianza”, que retoma la expresión ya aparecida con mucha fuerza en Jer 31,31-34.

EL CULTO BÍBLICO

El mundo bíblico nos deja ver que fiesta y tiempo y se articulan para celebrar la historia de Dios con su pueblo, tal como se ve plasmado en la sucesión festiva de Israel: *Pesah* (Pascua), *Hag ha-Matzah* (fiesta de los Panes Sin Levadura), *Yom Habikkurim* (fiesta de Las Primicias), *Shavuot* (fiesta de las Semanas, Pentecostés), *Rosh Hashaná* (fiesta de las trompetas o año nuevo), *Yom kippur* (día de la Expiación), *Sukkot* (fiesta de los Tabernáculos), *Hanukkah* (fiesta de la Dedicación y de las luces), *Purim* (La Fiesta de los Lotes o suertes).

Esta sucesión festiva responde a la pregunta ¿Cuándo celebra el pueblo de la alianza? y genera un recorrido que tiene una historia progresiva de la fiesta, una teología, un contenido histórico y un ritual específico.

Presencia de la liturgia en la Biblia

La liturgia, anterior al texto escrito de la biblia, se deja ver en el acontecer histórico del pueblo. Para entrar en los elementos más significativos necesitamos plantearnos ¿cómo celebra?, ¿dónde celebra?, ¿quién celebra?

1. Los varios ritos o rituales

Para responder al cómo, es necesario recordar que el rito es el vehículo de la experiencia religiosa. El primer rito significativo en la liturgia hebrea y que pasa a las comunidades cristianas con mucha fuerza es la imposición de las manos que tiene varios significados: bendición (Gn 48,14-16; Lv 9,22; Mt 19,13-15; Mc 10,13-16; Lc 24,50), consagración para una tarea (Núm 27,18-23; Dt

[9] A. Bonora. “Alianza” en Nuevo diccionario de teología bíblica, ed. P. Rossano. G. Ravasi y A. Girlanda (Madrid: San Pablo, 1999), 55.



34,9), tono sacrificial (Lv 1,4; 3,2; 4,15; 8,14.18.22; Lv 16,21-22), curación (Mc 5,23; Mc 7,32; Mc 8,23-25; Lc 4,40; Hch 28,8-9), don del Espíritu de Dios (Hch 8,17; 19,6), destinación en el don del Espíritu Santo para una misión determinada (Hch 6,6; 13,3; 1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6).

En segundo lugar, la ritualidad de las ofrendas, gestos y posturas corporales enriquecen la experiencia celebrativa del pueblo y pasan a las comunidades cristianas marcando profundamente su sentido celebrativo.

Partimos de la afirmación de B. Maggioni: “El Pueblo de Dios se inspiró de ordinario en los rituales vecinos, que reflejaban la vida de los pastores nómadas o de los agricultores sedentarios; pero releyó profundamente los muchos elementos que había tomado de prestado, purificándolos, seleccionándolos e insertándolos en una síntesis nueva”[10]

2. Los lugares sacros

El tema del lugar responde a la pregunta ¿dónde se celebra? Israel pasa por varios estadios en su manera de entender el lugar sagrado, ya que la vida nómada y luego la vida sedentaria hacen ver el mundo con ojos diversos y esto termina afectando incluso el aparato litúrgico.

Basta recordar que la era patriarcal marca los momentos de relación con Dios con la erección de altares, pero no es común encontrar lugares comunitarios dedicados y cerrados, tal como se irá estructurando en el correr de los tiempos con la tienda del encuentro, el templo, la sinagoga, los santuarios y altozanos del reino del Norte y mucho más tarde lo que vivirán los cristianos en las *domus ecclesiae* y luego en las catacumbas y basílicas.

Elemento esencial en este camino de los lugares es la tienda del encuentro o tabernáculo. Hasta la construcción del templo, los israelitas rindieron culto a Dios en una tienda móvil o tabernáculo («Tienda del encuentro» *miškān*), que poseía dos secciones separadas por una cortina: la parte anterior se llamaba «el santo» y allí había una

mesa donde se colocaban los 12 panes que se ofrecían semanalmente a YHWH y por eso no podían ser comidos por los profanos, también estaba el candelabro a una altura suficiente para iluminar el lugar. La parte posterior se llamaba «santo de los santos» y allí se encontraba el arca de la alianza.

Después de la tienda del encuentro, el pueblo pasa a un lugar fijo para el encuentro con Dios, que generará centralización del culto y peregrinación. El templo presentaba tres ambientes diversos: el vestíbulo (*’ûlām*), el aula o «santo» (*hékāl*) y la celda o «santo de los santos» (*devîr*) y de acuerdo con las medidas bíblicas en codos, la conversión sería en metros: 30x11x16 de altura. A los tres lados norte, oriente y sur el templo estaba conectado con otra construcción que tenía tres pisos y correspondía a numerosas habitaciones reservadas a los sacerdotes y a los ornamentos sacros. Más allá del tercer piso las ventanas daban luz al «santo», mientras «el santo de los santos» era completamente oscuro.

Este templo levantado y destruido varias veces dio identidad al pueblo y su desaparición definitiva en el año 70 generó incluso una nueva manera de relacionarse con Dios, ya que no hay sacrificios. La comprensión del lugar es muy particular porque “El lugar sagrado no es el perímetro de la presencia y de la acción de Dios, sino más bien el signo de la elección: el Dios de toda la tierra se digna manifestarse en un lugar particular y escoge un pueblo particular”[11]

El tercer lugar, que originalmente no era lugar de culto sino de enseñanza y conservación de la memoria es la sinagoga. La palabra Sinagoga viene del verbo griego reunir (*synagō*) pero en hebreo es llamada «Casa de la reunión» (*bêt hakenéset*).

A la par del Templo, se elevaron edificios religiosos que no se usaban para los sacrificios sino para la reunión, la oración, la lectura y la enseñanza de la Ley. Muy posiblemente, la sinagoga surgió en Babilonia, durante el exilio y sería introducida en Palestina por Esdras. Para la época de Jesús, cada aldea tenía al menos una sinagoga.

[10] Bruno Maggioni. “Liturgia y culto” en Nuevo diccionario de teología bíblica, ed. P. Rossano. G. Ravasi y A. Girlanda (Madrid: San Pablo, 1999), 1052.

[11] Ibid, 1054.



3. Las personas

Siguiendo el esquema de las preguntas, ahora la pregunta es por el sujeto de la celebración y de la fiesta.

Es indispensable hablar en primer lugar de la asamblea (*qāhal*), que no nace por iniciativa propia, sino que es convocada por YHWH y se reúne en la escucha de la Palabra y en fiesta. Para hacer fiesta es necesario el servicio de una casta sacerdotal, destinada exclusivamente a lo sagrado y con ayuda de cantores y músicos, levitas y otros servicios. “Para Israel se habla de sacerdocio solamente cuando se ha convertido en pueblo. Pues el sacerdocio es un caso de especialización social. Los sacerdotes ejercen el culto de Dios en nombre del pueblo”[12].

En la era patriarcal no se conoce un verdadero sacerdocio, sin embargo, el Génesis habla de levantamiento de altares en Canaán (Gn 12,7-8; 13,18; 26,25) y ofrecimiento de sacrificios (Gn 22; 31,54; 46,1) por parte de los patriarcas como jefes de familia.

Con Moisés se empieza a dar un verdadero sacerdocio y una organización del culto, escogiendo la familia de Aarón para tal oficio y como cosa hereditaria, es decir, el sacerdocio no era una vocación sino una función que pertenecía a la entera tribu de Levi y era reservado sólo a los varones que cumplían los requisitos para el servicio sacerdotal (El sacerdocio no se podía ejercer con defectos personales de tipo moral o físico).

4. Las estructuras litúrgicas: sacrificios y ofrendas

Dentro del cómo se celebra, es necesario plantear también lo referente a los diversos tipos de sacrificio, el sacrificio de Cristo, el memorial, la oración, la proclamación de la Palabra, etc.

En el Levítico se da una organización de todos los sacrificios de Israel, que podían ser de cosas sagradas (llamados *qodāšim*), cosas santificadas (llamados *qorbān*), el sacrificio cruento o inmolación (*zevah*).

El Holocausto (Lv 1-8): (término griego que significa combustión completa: holo = total y kaio =

quemar), es el sacrificio donde la víctima viene completamente quemada en honor de YHWH. En hebreo, proviene de la raíz *alah* = subir. Las víctimas podían ser toros, corderos o cabritos, pero casi siempre eran corderos, sin embargo, los pobres podían ofrecer tórtolas o palomas. Existía un holocausto perpetuo al amanecer y al atardecer en nombre de toda la comunidad y el holocausto podía ser ofrecido también por paganos.



El rito del holocausto implicaba que el oferente presenta la víctima y le impone la mano en la cabeza (signo de que es su propio sacrificio y su propia víctima), la víctima es degollada por el oferente fuera del altar (1,5). El sacerdote ejerce sólo cuando la víctima llega al altar: unión de sacerdote, víctima y altar. Todo se lleva al altar menos la piel, que pertenece al sacerdote. Se quema totalmente la víctima como don, como *qorbán* (ofrenda por excelencia).

Sacrificio pacífico o de comunión (*zeba shelamin*) (Lev.3,1-17; 7,11-34; 10,5-8): Era un sacrificio de comunión en el cual una parte de la víctima era reservada al oferente que la comía en el templo con sus amigos y parientes, otra parte para Dios y otra para el sacerdote. Se usaba para dar gracias, devociones, etc. (Lev 3,1ss).

El ritual del sacrificio pacífico: Al sacerdote le corresponde el lomo y la pierna derecha, como pago y contribución, la parte del oferente se cuece en una olla.

Hay tres clases de sacrificios de comunión:

TODAH o *Sacrificio de alabanza*: la víctima

[12] Albert Vanhoye. “Sacerdocio” en Nuevo diccionario de teología bíblica, ed. P. Rossano. G. Ravasi y A. Girlanda (Madrid: San Pablo, 1999), 1734.

se completa con una ofrenda de tortas sin levadura y pan ordinario. Una de las tortas se separa para YHWH y la regalan al sacerdote. Este sacrificio es para expresar el amor a Dios. (Lev 22,21).

Sacrificio de acción de gracias (Lev.22,29): Si se trataba de una ofrenda en acción de gracias (*Eukaristos*), esta debía consumirse el mismo día;

Ofrenda para cumplir un voto (Lev. 22,21): si el motivo era un voto, el tiempo del sacrificio podía extenderse hasta el día siguiente, para que un mayor número de amigos pudiera participar.

Sacrificio expiatorio: Era impuesto por la ley a quien la transgredía por inadvertencia. Lo más característico era que la sangre de la víctima se esparcía alrededor del altar del holocausto y asperjado siete veces en dirección al velo del templo y puesto sobre los cuernos del altar de los perfumes. Los más solemnes se realizaban en el *Yôm kippûr*.

El más importante es «el sacrificio por el pecado» (Lv 4,1-5; 4, 13; 6, 17-23), que se distingue de los demás sacrificios en dos detalles: En primer lugar, es el sacrificio en el que la sangre tiene un papel más importante; es que la sangre contiene la vida, es la vida misma (cf. Gn 9, 4; Lv 7, 26s; Dt 12, 23). «La sangre expía por la vida», dice el Levítico (17, 11), es decir, por la vida que hay en ella; no se piensa por tanto en la «sustitución del oferente por la víctima», ni se habla de «la vida del oferente», sino de la vida de la víctima que es su sangre.

En segundo lugar, el oferente que se reconoce culpable no tiene ninguna parte en la distribución de la carne; parte de ella le corresponde al sumo sacerdote, mientras que la grasa y a veces toda la víctima se queman en el altar. Observemos que, según Lv 6, 22, la víctima no es objeto de ninguna depreciación o maldición; es santísima y agradable a Dios, que en consideración a aquella ofrenda quita el pecado.

La parte más importante del rito (después de quemada la grasa) era la ceremonia propiciatoria con la sangre, con la cual eran ungidos los cuernos del altar y rociado siete veces el velo del tabernáculo o del templo.

Sacrificio de reparación (*asam*): Buscaba remediar un daño causado a la propiedad divina o humana. La víctima era siempre un cordero.

Estaba tan relacionado con el sacrificio por el pecado que no se distinguen claramente entre sí. Según la distinción más común, el sacrificio por el pecado se presentaba por el mal cometido por ignorancia, mientras que el sacrificio por la culpa correspondía a una falta cometida con conocimiento, tales como descuido del diezmo, robo, etc. (Lv 5,14 – 6,7; 7,1-7).

Ejemplo de *asam* es el sacrificio ofrecido después que los filisteos devolvieron el acta del pacto. El *asam* consistió en objetos de oro, las vacas que habían tirado del coche y la recitación de salmos.

En Isaías 53, el Mesías se ofrece en *asam* de propiciación para su pueblo. El *asam* podía ser un animal macho o en caso de extrema pobreza, la décima parte de un efa – flor de harina[13].

Al lado de los sacrificios están las ofrendas vegetales, que representan una parte especial también en la ritualidad hebrea. Hay que señalar, por ejemplo, las ofrendas de flor de harina empapada de aceite, sazonadas con sal y acompañadas a veces de vino (cf. Lv 2,1-16 etc.). De ordinario son el complemento de un sacrificio sangriento; son también un «memorial» que recuerda al oferente los dones de Dios o bien una «prenda», es decir, una parte de la cosecha que ya ha comenzado y que hay que agradecer al Señor.

5. Las formas concretas de culto

En las formas concretas del culto que se da el pueblo de la alianza prevalecen dos expresiones: la *berakah* y la *todah*.

La *berakah* solemne veterotestamentaria es tripartita: memoria de los hechos del pasado, doxología, bendición sobre el pueblo). En este sentido la bendición nuevamente se conecta con la historia, con el don, tal como lo expresa L. Alonso Schökel:

Es bien sabido que la liturgia judía usaba unas fórmulas de acción de gracias que llamaba *beraka* o *birkat-*, diferenciadas según el momento del banquete. *Beraka* es, por tanto, una fórmula cuyo equivalente cristiano es la «anáfora». Pero bera-

[13] Un efa era una medida de capacidad equivalente a unos 22 litros.



ka en el AT es algo más; designa también el don. La raíz hebrea *brk*, especialmente en la conjugación «piel *barek*», la solemos traducir por «bendecir»[14].

La *todah* es el sacrificio de acción de gracias, realizado en el contexto de un banquete.

“Todah” es una palabra hebrea que significa “acción de gracias”, y a veces se traduce como “alabanza”. El sacrificio *todah* en el Antiguo Testamento era un tipo de ofrenda de paz (o “sacrificio de comunión”) que alguien ofrecía en agradecimiento por haber sido salvado de una grave enfermedad o de un peligro de muerte.

Los elementos propios de la ofrenda *todah* eran carne, pan y vino (Lev 7, 11-15; Núm 15, 8-10)[15].

Estos dos elementos se hacen presentes en la expresión litúrgica de las comunidades cristianas, sin ser una emulación judía, sino más bien una reinterpretación que hace que la historia salvífica se vuelva liturgia.

6. Los textos litúrgicos

En la época bíblica no hay textos litúrgicos propiamente dichos, pero sí composiciones de himnos, eulogías, y formas literarias que se usaron rápidamente en la liturgia y que también usarían las comunidades cristianas en las asambleas, sirviéndose sobre todo de los contenidos que brindaban las cartas paulinas.

Por libro litúrgico se entiende un libro que sirve para la celebración litúrgica y está escrito con vistas a ella. En un primer momento las comunidades cristianas no contaban con libros litúrgicos. El período de la formación de los libros litúrgicos empieza en los primeros siglos. Tuvo un impulso particular durante la época carolingia, cuando Carlo Magno mandó hacer un sacramentario que poco a poco se fue extendiendo por todo el Imperio.

7. Los objetos litúrgicos

Si bien Israel es el pueblo de la escucha, rápidamente su ritualidad se ve mediada por objetos que adquieren un carácter simbólico y que repre-

sentan muchas cosas de su ser y quehacer. Israel hizo uso de objetos en su culto, al punto de convertirlos en objetos sagrados, junto con elementos de la naturaleza: El arca de la alianza y sus accesorios, la mesa de los panes de la proposición, el candelabro del templo y más tarde las diversas formas de candelabros, las copas, las vestiduras, el aceite, el agua, las plantas para las fiestas, etc.

En conclusión:

La Palabra de Dios, vivida en una historia se torna liturgia y luego se plasma en el texto escrito, dando así estructura concreta a la vida de un pueblo que no se concibe sin una relación estrecha con su Dios, con el Dios que les ha manifestado el don y la bondad en su camino, con el Dios que les ha marcado la historia y la vida en su quehacer campesino y pastoril.

La biblia que nace de la liturgia exige una historia concreta en un espacio concreto y en un pueblo específico, por eso es significativo que el Evangelio de Juan comience diciendo que el Logos se hizo carne y habitó entre nosotros, ya que, sin la encarnación de la Palabra, la historia no tendría un sentido salvífico y no habría motivos para hacer liturgia.

La biblia que nace de la liturgia exige una historia concreta en un espacio concreto y en un pueblo específico, ya que la historia humana en su diversidad y multiculturalidad se vuelve motivo de celebración y es en la liturgia donde finalmente se comprende y se encarna la Palabra de una manera eficaz.

La sinodalidad no es simplemente la sumatoria de entidades en un camino, es la gran puesta en escena de un nuevo éxodo que trae conformes e inconformes, de una experiencia en salida que nos lleva a las periferias existenciales porque nos desacomoda y nos hace pisar las huellas que otros han dejado y hacerlo con respeto, nos confronta en la medida en que somos capaces de mirar el rostro del otro y reconocerlo no como contraparte y competencia sino hermano de camino.

[14] Luis Alonso Schökel. *Meditaciones bíblicas sobre la Eucaristía*. Santander: Sal-Terrae (1987) 1987. p. 54.
[15] Vladimir Mauricio-Pérez (2019). *Nada supera al banquete católico de acción de gracias*. consultado en: <https://elpueblocatolico.org/nada-supera-al-banquete-catolico-de-accion-de-gracias/>



La biblia nace de la historia que se vuelve celebración y por eso hay que afilar el oído para escuchar a Dios que nos habla hoy en las múltiples expresiones humanas, en la diversidad de enfoques y en la pluralidad de criterios.

El camino recorrido se vuelve celebración y aquí ya no estamos en la era de los sacrificios y ofrendas, porque pertenecemos a una etapa crucial de la historia de salvación donde ha habido uno que ha pagado por todos al eterno Padre la deuda de Adán y eso hace que el don sea superior a los límites que causa el pecado y la debilidad.

Es necesario leer nuestra celebración como un escenario en el que Dios hace historia con su

pueblo y no simplemente como ritos vacíos y desconectados de la realidad de la comunidad. Celebrar tiene que ser la gran oportunidad de hacer camino juntos y de sentir que el rito nos expresa y nos rebasa. ★

Pbro. Gabriel Jaime Gómez Gutierrez

Sacerdote de la Diócesis de Girardota;
Licenciado en Teología Bíblica de la Pontificia
Universidad Gregoriana de Roma,
Doctorando en teología de la Universidad
Pontificia Bolivariana en Medellín,
Profesor en la Universidad Pontificia Bolivariana,
Delegado de Liturgia de Girardota,
Párroco de San Juan Pablo II en Girardota,
Miembro de la Comisión Nacional de
Liturgia del SPEC.



La importancia de la Liturgia de la Palabra en la Misa

Papa Francisco

https://www.youtube.com/watch?v=Y_V_OyE081Q

Conclusiones del taller sobre el análisis de la celebración litúrgica en las iglesias locales de Colombia (*Status quaestionis*)



Conferencia Episcopal de Colombia. (2022). *Encuentro Nacional de Liturgia. La Asamblea que celebra: Mesa de la Palabra y Mesa de la Eucaristía* [Fotografía].

A partir del trabajo realizado por las diferentes Regiones Litúrgicas se puede concluir cuanto sigue:

I. **Ámbito de la Palabra**

El punto positivo más sobresaliente es la ministerialidad: se resalta que hay, en general, una buena formación de los proclamadores de la Palabra y una buena disposición de los mismos para esta formación, manifestada, particularmente, en acciones concretas como la escucha, la preparación y la participación.

La deficiencia más notoria parece estar relacionada con el tema del canto en la liturgia. Parece que falta trabajar todavía más, no sólo en la pastoral de quienes cantan en las celebraciones litúrgicas, sino en la preparación más específica de los ministros parroquiales del canto, que apunta de un modo más específico hacia la participación de toda la asamblea.

II. **Ámbito de la Acción**

La fortaleza más notoria parece ser el de la obediencia ritual a la que se suma una sana creatividad litúrgica, presente en los presbiterios de muchas jurisdicciones.

La debilidad preponderante, por otra parte, y en contraste con la fortaleza apenas señalada, es en otros presbiterios, la falta de unidad de criterios, que se hace evidente que las condiciones que rodean la celebración más que en la celebración ritual misma, lo que denota, en el fondo, el desconocimiento no tanto de la norma, cuanto del espíritu de la celebración.

III. **Ámbito de la Vida**

Aparece nuevamente como una fortaleza sentida el tema de la ministerialidad. La disposición del pueblo de Dios para acoger los frutos de la celebración, para servir en la misma y para llevar a la vida lo que se celebra, pone de manifiesto que la celebración es trascendente en muchas de las comunidades parroquiales.

Se manifiesta, como debilidad, el tema de la participación, no comprendida todavía completamente, que hace que en muchos lugares se clericalice a los laicos y los pastores asuman las funciones de aquellos.

Lo que nos desafía

En los tres ámbitos, aparece como un desafío general el aspecto de la Formación: formación de los ministros ordenados, tanto inicial cuanto permanente; formación de los laicos en el doble aspecto de la evangelización y de la mistagogia; formación de los agentes de pastoral litúrgica, con urgencia particular, la de los ministros del canto.

Una lectura final

Leyendo de modo transversal, se puede notar que en cuanto tiene que ver con las fortalezas anotadas, sin desconocer todo el trabajo realizado por los pastores, aparecen como protagonistas los laicos, sedientos de conocer y de vivir y dispuestos para la participación. Por otra parte, en cuanto tiene que ver con las debilidades, sabiendo que muchas proceden de los laicos no suficientemente evangelizados, aparecen como protagonistas los pastores que, muchas veces por desconocimiento del espíritu de la Liturgia y otras, tristemente por desprecio de la misma, deforman tanto la celebración cuanto la conciencia y la espiritualidad de los fieles.★

Memorias fotográficas del Encuentro Nacional de Liturgia

Pbro. Camilo Andrés Castellanos Rubio
Sacerdote de la Arquidiócesis de Manizales.
Licenciado en Sagrada Liturgia del Instituto Pontificio de Liturgia de San Anselmo de Roma.
Profesor en el Seminario Arquidiocesano Nuestra Señora del Rosario, Manizales.
Miembro de la Comisión Nacional de Liturgia del SPEC.





Su lanzamiento oficial está programada para el 7 de julio en el marco de la *Centésima Decima tercera (CXIII) Asamblea Plenaria del Episcopado Colombiano*. En esta herramienta los fieles pueden encontrar las citas bíblicas del día, la orientación para la Liturgia de las Horas, el santoral, notas litúrgicas, aniversarios de los obispos, fiestas principales, pautas para la *Lectio Divina* en audio y texto y variedad de oraciones, además de una agenda donde se puede programar las actividades personales. La novedad de la nueva versión es la adición de la *Liturgia de las Horas*. La incorporación de la Liturgia de las horas fue concebida para facilitar la oración litúrgica en aquellas situaciones, como desplazamientos, en que no sea posible disponer de los libros oficiales. Es una versión práctica que busca poner la Palabra de Dios al alcance de todos los fieles y en diversos lugares. La aplicación, que es gratuita, se puede descargar en Google Play, para teléfonos o tabletas con **sistema operativo Android**; y también, en el Apple Store, para los usuarios de **iOS**.

El Misal Romano edición 2008.

Haga su pedido a la librería de la Conferencia Episcopal de Colombia al teléfono: 313 880 84 42. Disponible de 8:00 am – 5:00 pm.

Sobre la nueva edición del **Misal Romano**, hay dos comisiones trabajando las respuestas a las observaciones que se recibieron de la Congregación del Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a la versión presentada en el año 2019. Por tanto, el proceso de preparación está en curso.

PRÓXIMAMENTE
MISAL ROMANO
REIMPRESIÓN - EDICIÓN AÑO 2008

Reserve sus ejemplares abonando el **50%** de su compra a través de este [link: https://checkout.wompi.co/1/od1vnb](https://checkout.wompi.co/1/od1vnb)

El proceso de producción del Misal dura **3 meses**, después de este tiempo se estarán entregando los pedidos. Unidades limitadas. Aplican condiciones y restricciones.

PRECIO
\$ 450.000

Escanee con su celular para realizar el pago

Informes: 601.437.5540 ext. 264 | Cel: 313.880.8447
Horario de atención: Lunes a viernes de 8:00 a.m. a 12:30 p.m. y de 1:30 p.m. a 5:00 p.m.

Predicación Orante de la Palabra
Plan Nacional de Predicación
De Santísima Trinidad a Cristo Rey
Ciclo C - Año 2022

Departamento de Liturgia

\$27.000

Disponible en:
 Librería Conferencia Episcopal
 Librerías San Pablo de todo el país

Más información:
 3138808447 - 3133606712
 libreria@cec.org.co

Predicación orante de la Palabra:

Haga su pedido a la librería del a Conferencia Episcopal de Colombia al teléfono: 313 880 84 42. Disponible de 8:00 am – 5:00 pm. También lo puede adquirir en las librerías de San Pablo.

Leccionario de la Misa

En los últimos 50 años, el Episcopado Colombiano viene realizando grandes esfuerzos para acercar la Palabra de Dios a los fieles. Es por ello que, desde mayo de 2017, está ofreciendo los Nuevos Leccionarios a obispos, sacerdotes y religiosos, en una edición propia para Colombia. Estos textos litúrgicos contienen de manera sistemática y organizada las lecturas de la Biblia, distribuidas según el año litúrgico.

Los Leccionarios están formados por siete volúmenes. Hasta el momento en Colombia se han editado:

- * Leccionario para los domingos y fiestas del Señor (Año A, B y C).
- * Leccionario para las ferias de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua.
- * Leccionario para las ferias del Tiempo Ordinario (año impar).
- * Leccionario para las ferias del Tiempo Ordinario (año par).

PROMOCIÓN
Librería de la Conferencia Episcopal de Colombia

COMBO No. 1
LECCIONARIO FIERAL II PARA COLOMBIA (Lecturas para las ferias de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua) + RITUAL DE LA RECONCILIACIÓN Y LA PENITENCIA + LITURGIA DE LAS HORAS PARA LOS FIELES (rústica)
Precio normal: \$335.000
EN PROMOCIÓN: \$300.000

COMBO No. 2
LECCIONARIO DOMINICAL I - CICLO C PARA COLOMBIA (Lecturas para los domingos y fiestas del Señor año C) + RITUAL DE LAS EXEQUIAS + ENCÍCLICA LAUDATO SI' (Ed. PPC)
Precio normal: \$350.000
EN PROMOCIÓN: \$320.000

COMBO No. 3
LECCIONARIOS DOMINICALES CICLOS A, B, C + LECCIONARIO FIERAL II (Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua) + LECCIONARIO FIERAL III (tiempo Ordinario año par) + LECCIONARIO FIERAL III (tiempo Ordinario año impar)
Precio normal: \$1.500.000 (\$250.000 c/u)
EN PROMOCIÓN: \$1.320.000

Informes: 437 5540 ext. 264 Cel: 313 880 8447 libreria@cec.org.co
Horario de atención: **Lunes a viernes** de 8:00 a.m. a 1:00 p.m. y de 2:00 p.m. a 5:00 p.m.
Oferta válida desde el martes 01 de marzo hasta el viernes 08 de abril de 2022

Ritual para la Institución del ministerio laical de Catequista.

El Departamento de Catequesis ha adelantado una primera traducción y adaptación de la edición typica que, previo visto bueno de las Comisiones Episcopales de Catequesis y de Liturgia, deberá aprobar la Asamblea Plenaria del Episcopado Colombiano y confirmar la Santa Sede, antes de su publicación.

El perfil para este ministerio, al igual que los perfiles **para los ministerios de lectores y acólitos**, también están en construcción y deberán ser aprobados por la Asamblea Plenaria y confirmados por la santa sede antes de su divulgación. Los rituales para los ministerios de lectores y acólitos son los mismos que ya están en vigor para seminaristas.



Ministerio de Catequistas. (2022). [Fotografía]. <https://exitonoticias.com.bo/index.php/2022/01/23/el-papa-otorga-por-primer-vez-a-mujeres-el-ministerio-de-lector-y-catequista/>

Mons. Jaime Cristóbal Abril González
Obispo de Arauca
Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia
Asesor general

P. Jairo de Jesús Ramírez Ramírez
Director del Dpto. Liturgia del SPEC
Director general

Linda Yesenia Suárez Roa
Asistente del Dpto. Liturgia del SPEC
Diseño y diagramación

Sugerencias
liturgia@cec.org.co
pjairoramirez@cec.org.co